

Conozca a

Fray Martín de Porres

G-F 11012



D G
A

CB . 1173364

t. 134564

Conozca a Fray Martín de Porres

BREVE HISTORIA DE SU VIDA

Adaptación del francés al inglés por Norbert Georges, O. P.,
y del inglés al castellano por Luis Rodríguez Boneta. T. O. P.
de la undécima edición

340.000 ejemplares

Convento de San Pablo — Palencia

Mazo. Artes Gráficas. Mayor, 139.—Palencia



SECRETARIA DE CAMARA Y GOBIERNO
DEL
OBISPADO DE PALENCIA

NIHIL OBSTAT

Dr. Melchiades Andrés

Canonicus - Censor

Palentiae, 13 Augusti 1951

REIMPRIMATUR

Lic. Gulielmus A. Gutiérrez

PRO. VICARIUS GENERALIS



P.103753

PROLOGO

LA PRESENTE OBRA es una traducción de la undécima edición inglesa de 340.000 ejemplares, recientemente publicada. Estos números pueden dar una idea al lector de cómo se ha propagado en Estados Unidos la devoción a este humilde mulato, siervo amantísimo del señor.

El crédito de esta actividad muy justicieramente puede concedérsele a los directores de *The Blessed Martin Guild*, domiciliada en el No. 141 Este de la Calle 65 de Nueva York, y muy particularmente al Padre Norbert Georges, O. P., quien hizo la adaptación al inglés de la vida de Fray Martín, tomada del francés, y quien ha desplegado una actividad extraordinaria en esta gran obra. Y es a él, al Padre Norbert Georges, a quien se debe esta versión española de la vida ejemplar del lego dominico limeño.

Inspirado, sin duda, en la recomendación del Reverendísimo Padre M. S. Gillet mientras era Maestro General de la Orden Dominicana, en el sentido de que se publicaran las instrucciones para la propagación de la devoción al Beato en el lenguaje de todas las naciones, luego de haber hecho personalmente la versión al inglés, gestionó el Padre Georges con otro Sacerdote Dominicano que en Puerto Rico ha conquistado millares de devotos para Martín de Porres con cuyos donativos se está construyendo un bellissimo Santuario Nacional, el Rvdo. Padre Jacinto Oorsprong, esta versión al castellano de la vida ejemplar del que fué amigo de la dulce dominica, la Patrona de América: Santa Rosa de Lima, para ofrecerla a la creciente población de habla hispana que reside en Estados Unidos.

Quiera Dios que esta obra lleve una voz de aliento a todos aquellos para quienes se destina!

EL TRADUCTOR.

HISTORIA DEL BEATO MARTIN DE PORRES

Capítulo I

Sus Primeros Años

EL BEATO MARTIN DE PORRES nació en Lima, capital del Perú, en América del Sur, el 9 de diciembre de 1579. Vió la luz primera en una choza frente a lo que entonces fuera el Hospital del Espíritu Santo y que en la actualidad es una Escuela de Ingeniería. La habitación, circundada hoy día por una vasta mansión, ha sido convertida en una capilla que recibió público reconocimiento del Consejo de la Ciudad de Lima. En ceremonia especial celebrada durante una gran festividad en honor del Beato Martín en noviembre de 1939, Tercer Centenario de su muerte, los Padres de la ciudad fijaron una placa de bronce en la pared de la habitación en que él naciera.

Fué el padre de Martín, Don Juan de Porres, natural de España y caballero de Alcántara, y su madre Juana Velázquez, negra esclava liberta, oriunda de Panamá. La unión de éstos fué un acto de «amor libre» que no tuvo la bendición de la Iglesia y que terminó en una separación después de nacida Juana, el segundo fruto de este amor.

Martín fué bautizado en la Iglesia de San Sebastián en la cual, siete años más tarde, fuera cristianada Santa Rosa de Lima. Y aun se conserva la enorme pila bautismal así como el libro que contiene la inscripción del bautizo de ambos. Rehusó Don Juan reconocer a sus hijos, en parte debido a que la madre pertenecía a una casta inferior y en parte, según reza la tradición, a que los hijos salieron a su madre. Hirió su dignidad de conquistador el hecho de tener unos hijos que se asemejaran a los conquistados, y herido así su orgullo en lo más vivo, logró sofocar dentro de sí las tiernas emociones paternas y dar orgullosamente la espalda a unos hijos que tan sólo podían humi-

llarlo. Ignomiosamente, pues, abandonó a la madre y a los hijos a su triste suerte.

Desde su más temprana edad, dió Martín muestras sorprendentes de su futura santidad. En él sobresalían las virtudes de la modestia, la humildad y la caridad para con los pobres. Y según crecía su cuerpo de adolescente, así aumentaba también en su corazón el amor hacia el prójimo, principalmente hacia los enfermos y aflijidos.

De muchacho, su debilidad eran los menesterosos. Cuando le encargaban alguna diligencia, casi invariablemente se topaba con gente más infortunada que él y, lleno de compasión por la necesidad ajena, les regalaba el dinero que llevaba de su madre. Como era natural, ésto molestaba a la madre, a quien hay que perdonarle que no reconociera en Martín a tan temprana edad la santidad de su hijo. Indudablemente ella le propinaría uno que otro mojicón, pero nunca consiguió con ello que cambiara su modo de ser. Le entristecía a Martín tener que enfadar a su madre y por ello aceptaba gustoso la pena del castigo pensando en la alegría que experimentaba ayudando a los pobres.

Como muchos otros niños, Martín había nacido y pasado su niñez en las condiciones más desfavorables y hasta perniciosas; creció en un ambiente rodeado de circunstancias que con frecuencia son la causa de que el corazón se les endurezca, pero que en Martín fueron ocasión y motivo para el progreso sobrenatural de su alma. Se mantenía estrechamente unido a Dios, y con la ayuda de la gracia divina pudo desarrollar, aún dentro de la inmundicia misma de Lima, la extraordinaria piedad y aquella delicada sensibilidad hacia la humanidad doliente que habría de caracterizar toda su vida.

Lima era una ciudad de raras contradicciones. Como todos los pueblos fronterizos a grandes extensiones despobladas, tenía sus hombres desalmados y sus aventureros, algunos de ellos ahitos de bienes mal habidos y otros ávidos de riquezas y poderío; pero también tenía sus estadistas, sus hombres amantes de la ley y el orden, y mayor número aún, sus santos. Esclavizaba a negros y a indios,

pero no escondía su injusticia encubierta con una alegada libertad política y el pago de salarios de hambre. Tenía sus casuchas en donde se enseñoreaba la pobreza y el vicio, sus antros de miseria física y espiritual, pero también tenía sus hogares en donde reinaba la virtud, y sus apóstoles de la caridad y la santidad para contrarrestar el poder de la maldad, estimular el desarrollo de la santidad y remediar las necesidades de los infelices. En el siglo del Beato Martín, Lima poseyó tres santos: Santo Toribio, Arzobispo; San Francisco Solano, el Franciscano, y Santa Rosa de Lima, la Dominica. Más aún, podía alardear de contar con otro gran dominico, el Hermano Lego Beato Juan Masías; el Franciscano, Fray Juan Gómez; el Mercedario, Padre Pedro de Urraca; los Jesuitas, Padre Diego Alvarez de la Paz y el Venerable Sebastián de la Parra, así como la dama de alta alcurnia, Doña Luisa Malgarejo, amiga y confidente de Santa Rosa.

Esta lista de nombres, a la cual podrían añadirse muchos más, prueba que la religión en la Lima de aquellos días no era una mera formalidad externa, y sus magníficas iglesias y conventos eran una expresión real y verdadera del espíritu que saturaba la vida colonial de la época del Beato Martín. En su celo por la ley y la religión, no se olvidó Lima de las bellas artes ni de cultivar la inteligencia. Desde antes del 1600 había producido por lo menos un gran poeta, el Dominico Ojeda; sus propias estatuas y pinturas y objetos de arte en oro y plata, que aun existen dan testimonio del empeño que ponían los colonizadores en hacer llegar a sus nuevos hogares de América la cultura europea. Allá para el 1553, cuando aun no habían transcurrido quince años desde su fundación, Lima solicitaba carta real para establecer la universidad que en el 1553 abrió sus puertas en el Convento Dominico del Santo Rosario. En verdad que, a despecho de todos sus defectos y sus imperfecciones, Lima, con sus letras, artes y religión florecientes ya en el Siglo XVI, podía con razón alardear de ser la «Ciudad de los Reyes» y la «Perla del Imperio Español».

Fué en esta ciudad con su población de cerca de vein-

ticinco mil habitantes, ciudad con sus pecadores pero también con sus santos, en la cual el alma de Martín de Porres había de desarrollarse bajo la influencia de una madre humilde, abandonada y en una extrema pobreza, pero que a su vez, bajo la influencia de su hijo, había de levantarse de una vida de pecado para morir respetada de todos sus conocidos. En su infortunio aprendieron ellos a ser humildes; vieron cuán vano era depositar sus esperanzas en manos de los hombres: recurrieron, pues, a Dios, y Dios se dignó recibirlos.

El padre de Martín, que sólo venía a Lima de vez en cuando, empezó por fin a interesarse por su hijo cuando ya éste contaba ocho años de edad. Y mientras permanecía Don Juan en la ciudad, oía las alabanzas de que era objeto el pequeño mulato. Ya empezaba la gente a decir que este niño no era como los demás; y hasta provocaba la admiración de los españoles que vivían cerca de la casucha de Ana Velázquez. Claro está, la gente condenaba al padre inhumano que no mostraba interés por tan excelente muchacho. Pero Don Juan, que a pesar de todo, tenía conciencia, no siempre permanecía sordo a sus llamadas.

Influído por la opinión favorable de sus asociados conquistado por la dulzura de Martín, e impulsado por la insistente llamada de su deber, decidió Don Juan reconocer como hijos a Martín y a Juana y los llevó consigo a su casa en Santiago de Guayaquil, en donde desempeñaba un importante cargo a nombre del Rey de España. Aquí entregó sus hijos a un tutor con quien aprendieron los rudimentos de su instrucción. Pero al cabo de dos años, sin embargo, el servicio del Rey obligó a Don Juan a trasladarse a una ciudad de Panamá. No queriendo llevar a sus hijos a su nuevo destino, dejó Don Juan a la niña con su tío en Santiago y le trajo a Martín nuevamente a Ana que vivía entonces con una familia española de la clase media de Lima.

Ana hizo cuanto pudo para que Martín continuara sus estudios, y cuando éste cumplió los doce años lo colocó como aprendiz de cirujano. ¡Qué alegría experimentó en-

entonces Martín! Ahora podría aprender una profesión por la cual se sentía grandemente atraído. En aquella época este ministerio era explotado por barberos ignorantes y sin escrúpulos. Martín se dedicaría, pués, a ella con toda honradez. Quizás algún día podría él ejercer la caridad en forma más eficaz que como simple barbero cirujano entendido en sangrías. Procuraría descubrir las propiedades medicinales de las plantas; aprendería a tratar toda suerte de dolencias corporales; haría la extracción de dientes dañados que tanto dolor producían; destruiría crecimientos perniciosos; se familiarizaría con el arte de aplicar bálsamos y ungüentos curativos, en fin, estudiaría la manera de detener las hemorragias. Pero sobre todo, rezaría por los enfermos. Y por cierto que Dios le proporcionaba los medios de ganarse la vida sin tener que desperdiciar el tiempo; un tiempo tan útil y precioso cuando se emplea en la oración y buenas obras.

Como el joven Martín dedicaba todo el día a su trabajo de aprendiz en los hospitales, en la oficina o en las casas particulares, para ofrecer algunas horas de devoción pura y en silencio a Dios tenía que acortar sus horas de sueño. Por las noches consumía tal cantidad de velas por largas vigiliias que dedicaba a la oración y a sus lecturas espirituales, que despertó la curiosidad de su casera. Desconcertada, se puso ésta una noche a atisbar por el ojo de la cerradura de su puerta para ver lo que hacía Martín a tales horas. A la luz de la bujía pudo verlo de rodillas ante una santa imagen. De improviso se le vió levantar la cabeza, llena la cara de lágrimas, y prorrumpir en lamentos repetidos.

La fama de Martín se propagaba cada vez más por toda Lima en donde todos le querían por su generosidad, su cortesía y su virtud. La gente le sonreía al encontrarse con él: era el aprendiz de cirujano que lo era todo para todos, que jamás escatinó un servicio, que dividía su pitanza entre los pobres, que era, en fin, el ángel de los hospitales y las prisiones. Martín se veía obligado a aceptar estos cumplidos tolerar estos signos de veneración por parte del pú-



El contacto íntimo con los pobres y afligidos avivaron en su corazón el fuego de la verdadera caridad

blico. Pero como él era humilde de corazón, encontraba siempre la manera de contrarrestar tantos elogios. En silencio, en su casa, valiéndose de medios muy suyos, se aseguraba de que no se llenaría de orgullo y vanidad. Así fué como este siervo escogido de Dios, todo humildad y amor ardiente para con la humanidad doliente, pasó su juventud haciendo el bien y preparándose para las grandes obras de caridad que le señalara el Señor para su apostolado.

Por la providencia de Dios se vieron germinar durante estos años juveniles de Martín las buenas semillas sembradas en su comprensivo corazón. Bajo el influjo de la gracia, en el duro ambiente que rodeaba pudo aprender a depositar como la cosa más natural del mundo su confianza en el Salvador de la humanidad. Se dió cuenta de la necesidad de practicar sinceramente la humildad; el contacto íntimo con los pobres y afligidos avivaron en su corazón el fuego de la verdadera caridad que habría de traspasar las barreras del tiempo y el espacio. Así se preparó Martín para escalar mayores alturas desde las cuales poder irradiar su intenso amor a Dios y a los hombres.

C

A

há
ni
No
sa
lo
go

Capítulo II

Hijo de Santo Domingo

DURANTE MUCHO TIEMPO había sentido Martín en lo íntimo del corazón el deseo de consagrar toda su vida al servicio de su Divino Maestro. Perfectamente consciente de que la vida monástica era su vocación, escogió la Orden de Predicadores en cuya Iglesia hermosa del Santísimo Rosario en Lima se había dejado ver tan frecuentemente abismado en oración ante el Santísimo Sacramento. Instintivamente comprendió Martín que para los hijos de Santo Domingo el apostolado de la caridad y de la Acción Católica florece continuamente en su vida de contemplación y sacrificio personal. Por eso dirigió sus pasos al Convento del Santísimo Rosario a cuyas puertas tocó para suplicar su admisión como simple Terciario o como donado. En su humildad, no pidió Martín el hábito blanco y negro de los hermanos legos de la Primera Orden. ¡Oh, no, ese era mucho honor para él! Prefirió pedir su ingreso como Terciario adscrito al servicio del Convento. El Padre Lorenzana, Provincial del Perú, ya había oído hablar de las excepcionales dotes y la santidad de Martín; y el padre de éste no ofrecía oposición a la vocación de su hijo. Aunque, desde luego, Don Juan hubiera preferido, y ello le hubiera complacido mucho más, ver a su hijo vistiendo el hábito de Hermano lego. Pero Martín sentía la necesidad de ocupar el puesto más bajo del Convento para así darle mayor gloria a Dios y estar más cerca del El.

Tenía Martín quince años de edad cuando recibió el hábito de Terciario Dominicano, el cual consta de una túnica blanca y de un escapulario y capa o manto negros. No fué sino nueve años después cuando en virtud de la santa obediencia acató la orden de hacer votos solemnes, lo cual lo elevó a una posición igual a la de Hermano lego de la Primera Orden de Santo Domingo.

En el Convento del Santísimo Rosario le asignaron Martín varios deberes. Era barbero, enfermero y encargado del guardarropa. Para beneficio de todos se multiplicaba: se movía con rapidez de un empleo a otro, presuroso y puntual, discreto y vigilante, sin olvidarse de nada siempre consciente de la presencia de Dios en su corazón. Su paciencia como enfermero se revestía de una firmeza que siendo indispensable era también persuasiva. Aunque era siempre muy complaciente con sus enfermos, no por eso se rendía ciegamente a sus caprichos. Mostraba siempre un amor angelical por ellos, los consolaba cuando se sentían desalentados y les servía de rodillas.

Jamás, en circunstancia alguna, esquivaba los trabajos fuertes ni las nuevas obligaciones que se le imponían, sin importarle que él mismo estuviera enfermo, lo cual solía ocurrir todos los inviernos, época en que lo atormentaba una fiebre palúdica. En tales ocasiones se metía en cama sin decir palabra y en ella esperaba que le pasara el ataque. Y cuando todavía sus piernas no podían sostenerlo por completo, volvía a toda prisa a sus ocupaciones usuales.

Lo que más complacía a Martín eran precisamente las ocupaciones más humildes. En cierta ocasión, al verlo limpiar el cuarto de baño, le dijo un religioso con ánimo de embromarlo: «¡Vaya, hombre, Fray Martín! ¿No cree usted que estaría mucho mejor en el palacio del Arzobispo de Méjico que aquí limpiando los lavabos?». En su ardiente contestación se limitó a citar el Beato el Salmo 83: «He escogido ser ínfimo en la casa del Señor, más bien que habitar en la morada de los impíos». No intentó Martín criticar al Arzobispo de Méjico que en una visita que hiciera a Lima algún tiempo antes había por cierto solicitado los servicios de Fray Martín. Quiso, sí, significar su preferencia por la santa modestia de sus obligaciones en el Convento a todas las pompas que rodean a los poderosos del mundo.

Este Arzobispo, Monseñor Feliciano de la Vega, en realidad sentía un gran aprecio por Martín. Teniendo co-

nocimiento de ésto, cierto clérigo que necesitaba una dispensa para recibir el Sacramento de las Santas Ordenes, acudió al humilde dominico en solicitud de ayuda diciéndole: «Querido Hermano, usted tiene mucho ascendiente con el Arzobispo y su Consejo. ¿No tendría usted la bondad de interceder por mi causa con él?»

«¡Vaya, vaya, amigo mío», le contestó Martín, «no vaya usted a creer todo lo que oye! Todos estos honores que la gente parece rendirme, todas esas muestras de amistad que recibo hasta del señor Arzobispo, bueno, no lo debe usted tomar muy en serio».

Martín, en su abnegación, solía llegar hasta el sacrificio y en cambio escatimaba su mérito personal hasta el límite. Con ocasión del vencimiento de una deuda del Convento, y como los acreedores se mostraban tan urgentes en sus demandas de pago el Prior en su aprieto se vió precisado a llevar al mercado ciertos objetos de valor para venderlos en pública subasta. No bien había llegado a su destino cuando fué alcanzado por Fray Martín que llegaba sin aliento por la carrera a decirle con palabras entrecortadas: «Padre, me he enterado que tenemos que pagar una deuda, pero gracias al cielo hay un medio de hacerlo. Yo no soy más que un pobre mulato. Pertenezco a la Orden que tan bondadosamente me ha tratado siempre a pesar de que yo soy una inutilidad. *Véndame*, Padre, hágame ese favor, se lo pido encarecidamente. Quizás alguien me haga trabajar lo que yo debo». Sintiendo el Prior gran regocijo a la par que conmovido, le dió dulcemente la orden de regresar al Convento.

Era de notar cómo se las arreglaba Martín para no descansar nunca en su celda, ni para tener nunca tiempo para dedicarse al descanso. Por las noches, en su tarea de enfermero se encontraba corrientemente junto a la cama de sus enfermos, o, cuando necesitaba descabezar un sueño, tirado en la sala capitular sobre las andas destinadas a transportar los muertos. Allí le permitía a su extenuado cuerpo disfrutar de un mínimo de descanso. Sucedió un año para el invierno que estaba Martín atacado de

una fiebre que requería cierta atención, pero él permanecía impertérrito atendiendo a sus enfermos. Se inquietaron algunos religiosos que alarmados al ver como abusaba de sus fuerzas, le hablaron al Prior. Inmediatamente éste le ordenó a Martín que se procurara una cama con su colchón, sábanas y mantas. Obedeció el enfermo al instante, pero como notaran los vigilantes religiosos que Martín se metiera en cama sin quitarse la ropa ni los zapatos, volvieron al Prior para acusar al santo negro de desobediencia. Desfizó el Prior la intromisión de aquellos diciéndoles: «Fray Martín es un gran teólogo místico: su teología le ha descubierto el secreto de unir la mortificación a la obediencia».

■ Cuéntase otra anécdota acerca de la aversión que sentía Martín por la comodidad de una mullida cama. En esta ocasión no fué el Prior, sino el Provincial quien le ordenó meterse en cama como lo hace todo el mundo. La réplica, por cierto un tanto audaz, de Fray Martín se recuerda todavía: «¡Cómol! ¿Su Reverencia le ordena a una persona que en su casa jamás podía tener las riquezas de este mundo a que prepare para sí una cama blanda y mullida? Padre, se lo suplico, no permita tales lujos para mí». No obstante, aquella noche tuvo que tenderse Martín en su cama entre sábanas limpias y frescas. Pero para evitar toda comodidad se puso su camisa de crin de caballo y su túnica de áspera lana. Al enterarse el Provincial, el Padre Luis de Bilbao, de lo que aquél había hecho le interrogó diciéndole: «Fray Martín, ¿es así como usted me desobedece?». A lo que contestó Martín: «Padre, el descanso que me he tomado es más que suficiente para mí. Al usar esta cama le he obedecido a usted: al acostarme completamente vestido he tratado a mi cuerpo como se merece».

El Beato Martín sentía una devoción, si bien infantil nada afectada, por la santa pobreza. Jamás aceptó él más de dos hábitos, y éstos llenos de remiendos y casi hechos trizas. «En el Convento», solía decir, «los hábitos más raídos son los que se estilan. Yo tengo dos que me son

te
a
a
to
on
ne
o-
pa
to
ni-
an
to

n-
s-
e-
La
e-
na
de
u-
ra
in
ra
a-
n-
o
ed
el
ra
r-
to

il
is
os
is
n



Pero el permanecía impertérrito atendiendo
a sus enfermos

suficientes, porque mientras uso uno lavo el otro». Nunca usó Martín nada que no fuera viejo o desechado. Cuando se le obligaba a aceptar un par de zapatos nuevos, se los prestaba a algún pobre antes de usarlos él. La razón que daba para no aceptar nada nuevo era verdaderamente ingenua. «Al usar hábitos viejos y zapatos gastados no estoy en la obligación de cuidar de ellos. Si se me perdieran no sería mi falta grave». Martín era original. Los dominicos de la Provincia del Perú usaban el Rosario alrededor del cuello. Martín, además de éste llevaba siempre otro suspendido de su cinturón como lo usa la mayoría de los dominicos.

La celda de Fray Martín también reflejaba su espíritu de pobreza. Su único mueble era el jergón que usaba cuando estaba demasiado enfermo para trabajar. En lo alto de la pared había una cruz de madera, un cuadro de la Santísima Virgen y otro de Santo Domingo. Casi siempre Martín se encontraba fuera de ella, ya en la enfermería, ya en la guardarropa o en algún lugar de la ciudad haciendo algún mandato ejerciendo la caridad. Y hasta se rumoreaba que en ocasiones se encontraba en distintos sitios a la vez, pero rara vez estaba en el que podía con toda propiedad llamar suyo: su celda. Cuando entraba a ésta casi siempre era de noche. En ella encontraba, después de sus largas horas de trabajo, el sitio para entregarse a sus rigurosas penitencias y a las oraciones que manaban de su amante corazón.

El Convento del Santísimo Rosario le ofreció hospitalidad a un joven español de nombre Juan Vázquez, a quien Martín había recogido casi muerto y a quien luego empleara para ayudarlo a distribuir sus limosnas. Una noche la ciudad de Lima fué sacudida por un violento temblor de tierra. Despierto por las tremendas sacudidas, el aterrado muchacho corrió a refugiarse a la celda de Martín. Como no tuviera contestación a su insistente llamada, abrió de un empujón la puerta y quedóse pasmado al encontrar a Martín derribado en tierra, con el Rosario en la mano y los brazos extendidos en cruz. Lo llamó va-



Para entregarse a sus rigurosas penitencias y a las oraciones que manaban de su amante corazón

rias veces, le tiró del hábito, pero Martín no se movió. En la creencia de que su amigo se había muerto, corrió el joven a dar la alarma. Era medianoche y a pesar de ello la celda del santo negro estaba alumbrada como si fuese mediodía.

Una noche Juan Vázquez sorprendió a Martín de rodillas en su celda frente al crucifijo. Tenía extendidos los brazos, fijos los ojos en la imagen de nuestro Señor, y su cuerpo elevado una vara del suelo. Temblando de emoción, corrió Juan a donde Fray Fernando de Aragón, el portero, para notificarle el hecho maravilloso. Pero no cabe duda que más maravillado quedó al oír la contestación del sonriente Hermano: «Hijo mío, por experiencia propia aprenderás a no sorprenderte de los éxtasis de Fray Martín».

Un día otro Terciario, el Hermano Martín Cabezas, al buscar al enfermero en su deseo de que viniera al momento junto a la cama del Padre Antonio del Arco que se estaba muriendo, se topó con el Beato en la sala capitular, elevado prodigiosamente sobre el piso, apretados los labios contra la herida del costado de la imagen del Redentor. Consternado, corrió el Terciario hasta el claustro para llamar a los Padres Diego Barrionuevo, Jerónimo Bravo y Francisco Mariano para que fueran testigos del prodigio. Corrieron al lugar de los hechos y momentos después presenciaron cómo el Beato descendía lentamente hasta el suelo sabiendo por revelación que era requerido en la enfermería. Antes de que los Padres pudieran decir palabra, Fray Martín dijo sosegadamente: «Nada debe hacer el Padre Antonio como no sea prepararse cuidadosamente para morir, porque ha llegado su hora».

El Beato Martín hacía cuanto podía para ocultar los favores sobrenaturales que Dios había otorgado a su fiel siervo. Por lo general éstos le eran prodigados en la soledad de su celda por la tarde o por la noche en la sala capitular, pero tal parece que en ocasiones era el deseo de Dios que las gracias especiales y maravillosas con que fa-

vorecía a Su humilde hijo fueran presenciadas por testigos oculares. Así pues, una noche en que la Comunidad se encontraba cantando Maitines, vieron de improviso brillar una luz cerca del altar mayor. Era un resplandor celestial que iluminaba la cara de Fray Martín que había caído en éxtasis. Y de ese modo imprimía Dios como con un sello de evidencia la complacencia que sentía por la plácida humildad de este hijo amoroso de Santo Domingo.

Capítulo III

Padre de los pobres.

LAS OBRAS DE MISERICORDIA del Beato Martín se extendían por todas partes. Un Convento como el del Santísimo Rosario, de Lima, con todo lo grande que era, resultaba un campo muy limitado para Martín de Porres. Su ardiente corazón le hablaba de otras necesidades además de las que experimentaban sus hermanos de la Orden Dominicana y no podía permanecer impasible. Su corazón siempre latía por los enfermos, los pobres, los afligidos, los pecadores. Siempre iba presuroso por la ciudad, asistiendo a unos, confortando a otros. La gente de fuera de Lima lo llamaba, y su santidad por fin lo hizo llegar a lugares increíblemente distantes.

Don Juan de Figueroa era un funcionario público de Lima muy amigo de Martín. En cierta ocasión en que padecía una peligrosa infección en la garganta mandó a buscar a su amigo. Fué Martín a verlo y luego de una breve conversación le aseguró que se curaría. Luego, excusándose por su pronta partida, puso Martín sobre la mesa una botella para que la usara su amigo, y sin más explicaciones salió rápidamente de la casa. Sorprendido el funcionario, pidió que le dieran la botella. Aunque sólo contenía agua, una secreta inspiración lo impulsó a tomarse una poca: se curó inmediatamente. Entonces comprendió la prisa de Martín para retirarse. Era que el buen Hermano temía las alabanzas que hacían los hombres de su poder milagroso y procuraba esfumarse huyendo rápidamente. Además de Don Juan, una sirvienta de éste, al contemplar la curación de su amo y en la esperanza de beneficiarse también, se lavó la cara con agua de la misma botella e inmediatamente se le curó una enfermedad de la piel que hacía tiempo la había desfigurado.

Un infeliz negro venía sufriendo de una herida ulcerada que ponía en peligro su vida. Martín se la limpió y la espolvoreó con polvos de romero. Luego hizo la señal de la Cruz sobre la herida, y en el transcurso de cuatro días el hombre estaba curado. Valiéndose también del poder de la señal de la Cruz curó a otro hombre que tenía las piernas cubiertas de úlceras.

El tierno corazón del Beato Martín se había conmovido profundamente con los sufrimientos de una dama llamada Isabel Ortiz de Torres. Se encontraba Doña Isabel a las puertas de la muerte con una espantosa hemorragia. Martín elevó al cielo sus oraciones y la dama recobró la salud.

En otra ocasión Juan Vázquez padecía una severa hinchazón de los pies. Este muchacho era el ayudante del Beato Martín en sus obras de caridad. Se dió cuenta éste de que era imposible para Juan regresar desde el campo en que estaban hasta el Convento del Santísimo Rosario. Entonces Martín por la gracia de Dios lo curó inmediatamente.

Juana, la hermana del Beato Martín, vivía en las afueras de Lima. En un accidente una de sus sirvientes fué golpeada fuertemente en la cabeza y la cara. Hizo Martín la señal de la Cruz e inmediatamente desaparecieron las magulladuras.

En el Convento de Santa María Magdalena, el otro priorato de Lima, un novicio de nombre Luis Gutiérrez, se había cortado dos dedos de la mano con un afilado cuchillo infectándosele las heridas en tal forma que pusieron en peligro toda la mano. En esos momentos llegó Fray Martín a visitar a su amigo el Beato Juan Masías y le informaron del accidente. Al examinar las heridas le dijo Martín al novicio: «No temas, hijo querido, el Señor que tiene potestad sobre la vida y la muerte, sabrá sanar tus heridas, no importa cuán peligrosas éstas sean». Llevaba Martín consigo la acostumbrada cantidad de polvos medicinales. Escogió de entre ellos uno preparado con la hierba conocida por «yerba de Santa María» y con él empolvó los dedos inflamados del joven, haciendo sobre

ellos la señal de la Cruz mientras invocaba a la Santísima Trinidad. Al día siguiente no sólo había desaparecido la inflamación, también habían recobrado los dedos su color natural y su agilidad.

Son numerosísimos los milagros obrados por Fray Martín en el Convento del Santísimo Rosario, por lo que únicamente podremos relatar algunos de ellos.

Estaba en cierta ocasión preparándose el Padre Luis de Guadalupe para hacer su última confesión por encontrarse en peligro de muerte debido a un ataque agudo de pleuresía, cuando vino a visitarlo Fray Martín en su carácter de enfermero. Movido por las tiernas palabras de consuelo de éste, sintió de repente el Padre Luis que la esperanza renacía en su corazón. Le pidió entonces a Fray Martín que echara a un lado las medicinas que ya no necesitaba y le rogó que le pusiera la mano en el costado que tanto le dolía. Tan pronto como Martín satisfizo el deseo del moribundo, experimentó el Padre una extraordinaria mejoría. «¡Dios sea loado!», exclamó maravillado y lleno de gozo; «ya me encuentro mejor!». Y en realidad no necesitó más medicinas. Como Fray Martín no había usado ninguna hierba ni clase alguna de medicina, sino que había sido incitado a hacer esta curación meramente con la aplicación de su mano, se sintió conturbado y se retiró lleno de confusión al mismo tiempo que expresaba sus sentimientos diciendo: «¿Es justo que a un hombre mulato como yo le hagan una travesura como ésta?».

El Beato Martín tuvo ocasión de realizar otra cura similar en un religioso que tenía un tumor desagradable. Quizás fuera natural que el Padre Pedro Montes de Oca se sintiera contrariado y mortificado sabiendo que habría de amputársele una pierna que tenía una infección gangrenosa, pero no era justo que él desahogara su disgusto con los que venían a confortarlo. Nadie, pues, osaba entrar en su habitación para atender a sus necesidades. Pero el Beato Martín averiguó por alguna de sus misteriosas formas que el fraile enfermo se sentía atormentado en medio del delirio provocado por la fiebre por el deseo

ardiente de probar cierto plato apetitoso. Pensó Martín que un deseo de esta índole por parte de quien sufría tanto debía satisfacerse inmediatamente. Se apresuró, pues, a prepararle al Padre una fresca ensalada. La previsión de Martín tuvo el efecto deseado. El Padre Pedro dominó su mal humor, recobró la paz del alma y su esperanza en la bondad de Dios. Le pidió a Martín que pusiera su mano en el miembro enfermo y que intercediera por él ante el Señor. No pasó mucho tiempo para que el Padre Pedro pudiera caminar nuevamente.

El Beato Martín siempre llevaba consigo algo para los pobres y los enfermos. Nunca se despidió de él nadie con las manos vacías. No importa que estuviera él en la calle o en el Convento, siempre parecía tener medicinas, pan y frutas escondidos en algún sitio de su raído hábito. Parecía estar siempre cargado de regalos; su persona irradiaba alegría. A dondequiera que iba, era su presencia una fuente de consolación y bienestar.

El poder de adivinar las necesidades de los demás no le daba reposo. Lo hacía salir de su celda, lo arrastraba fuera del Convento, hasta lo llevaba tras las puertas de la ciudad. Podía oír las súplicas que a la distancia le hacían los pobres vergonzantes. Y entonces dirigía sus pasos hacia estos infortunados y venciendo su silencio, llegaba inesperadamente con regalos hasta hogares en donde la desesperación había desplazado toda esperanza. Con frecuencia sorprendía Fray Martín en sus miserables viviendas a sacerdotes cuya abyecta pobreza los obligaba a realizar trabajos serviles impropios de su dignidad de sacerdotes. Por medio de su liberalidad les ofrecía ayuda en sus apuros.

Un día sí y otro no pudo verse durante meses a Fray Martín llevando alimentos y ropa a Callao, puerto de mar que quedaba a cinco millas de Lima. Se había enterado de que los soldados destacados en la guarnición estaban careciendo de lo más necesario, y sin ninguna vacilación partió a llevarles lo que necesitaban. La caminata era larga y penosa en esta sección rural casi despoblada llena de du-

ras piedras en todo el camino y un sol abrasador en lo alto. La carga era pesada en los hombros del Beato Martín pero esto no le hacía desistir de volver cada dos días con otra similar de la cual participaría cada uno de los soldados.

Cuando Martín no tenía nada que dar, encontraba algún modo para remediar las necesidades ajenas. En ocasiones usaba lo que se le había confiado para alguna obra meritoria para otra distinta que él consideraba de mayor apremio. Veamos a continuación algunos ejemplos de los medios de que se valía.

Un día mientras caminaba a lo largo del muro del Presidio de Lima, fué reconocido por los presos que estaban ocupados en sus trabajos forzados en el patio cercano a la puerta de la prisión. Se encontraban éstos hambrientos y tan pronto divisaron el hábito blanco y negro de Fray Martín empezaron a llamarlo para pedirle de comer y de beber. Como se le había terminado el pan, se dió a pensar en la forma en que podría ayudar a estos famélicos prisioneros. Se acordó del sombrero que tenía puesto y sin preocuparse del sol abrasador, partió apresuradamente a venderlo para comprar el pan para los desgraciados que con tanta confianza habían apelado a él.

Catalina de Porres, la sobrina del Beato Martín, nos relata cómo, en cierta ocasión, presumiendo tener permiso para usar una fuerte cantidad de dinero que ella le había confiado a un comerciante para su inversión, tan pronto llegó a su conocimiento que aquél lo tenía en su poder, se dirigió a la tienda con un tropel de perdioseros y gastó el dinero en zapatos y ropa para ellos. Naturalmente, Catalina sufrió una gran contrariedad y según sus palabras, «lloré amargamente. Todavía estaban corriendo mis lágrimas», cuenta Catalina, «cuando se acercó Martín a mí con su plácida sonrisa habitual y me consoló diciéndome que no me descorazonara, que el dinero me sería devuelto; y en realidad, al día siguiente mis cuatrocientos reales me fueron restituidos por intercesión de Fray Martín de Porres». No existe necesidad ninguna para explicar esta aparente



«No venda esos cuadros, Padre, véndame a mí como esclavo y así podrá pagar la deuda»

malversación de fondos. Pero Martín sabía, confiado en la munificencia de Dios, que podía devolver el dinero que en el momento no era necesario para su sobrina y sí para los pobres y afligidos. En más de una ocasión les aseguró Martín a su hermana y a su sobrina que en caso de necesidad él las proveería de lo necesario, y así lo hizo más de una vez al llegar inesperadamente en su ayuda.

El Beato Martín veía en los enfermos, en los pobres y afligidos a los miembros del Cuerpo Místico de Cristo. Una vez descubrió a un viejo pordiosero cubierto de llagas y casi desnudo. Martín lo llevó a su celda y lo acostó en su propia cama. Le procuró cuanto necesitaba y le atendió con solicitud hasta que recobró la salud. Fué severamente criticado por uno de los Hermanos que sostuvo refunfunando que Martín no había debido ceder su cama a un pordiosero de tan desagradable suciedad. A esto replicó Martín: *«La compasión, mi querido Hermano, es preferible a la limpieza. Recuerde que yo puedo limpiar mis sábanas fácilmente usando un poco de agua y jabón, pero ningún torrente de lágrimas podría limpiar mi alma de la mancha que un acto de desafección a un infeliz podría causar»*.

Continuamente venía la gente al Convento del Santísimo Rosario en busca de Fray Martín. Cuando no era pan lo que deseaban, eran medicinas o remedios, o las oraciones eficaces del Beato Martín. A todos los recibía con igual bondad: a españoles, indios y negros. El Beato Martín se agotaba cuidándolos, alimentándolos, procurándoles albergue e instruyéndoles en sus deberes religiosos. Con frecuencia debido a que los hospitales estaban atestados deslizaba a algún pobre en su celda o en alguna habitación desocupada del Convento. Como era natural, llegaron con el tiempo a ser tantos los que traía al Convento que resultaba una imposición para el resto de los hermanos. Se obligó al Padre Provincial a que interviniera; éste le ordenó a Martín que se abstuviera en lo sucesivo de traer al Convento más pordioseros enfermos. El Convento se cerró, para ellos, pero se autorizó a Fray Martín a continuar en

otros sitios su ayuda a los pobres. En esta emergencia, la hermana de Martín le ofreció la hospitalidad de su casa en las afueras de Lima para que alojara a estos proscritos de la humanidad.

Una noche, sin embargo, al regresar al Convento, vió a un indio tendido en la calle, derribado por un puñal asesino. Se fijó que el pobre hombre perdía mucha sangre y casi estaba a las puertas de la muerte. Martín le vendó la herida y lo metió rápidamente en el Convento que no estaba lejos del sitio. Lo acomodó en su cama y recurrió a todos los medios para salvarle la vida. Desde luego, la intención de Martín era trasladar al indio a la casa de su hermana tan pronto como el herido pudiera moverse. El Provincial, sin embargo, ya fuera porque lo habían informado mal o porque quisiera probar la humildad de Martín, no consideró el asunto desde el punto de vista de Martín. Lo reprendió severamente por haber desobedecido sus órdenes. Ninguna persona enferma, se le había ordenado claramente debía ser admitida en el claustro. Nadie, ni aun el Beato Martín, tenía permiso para alojar en una habitación del Convento a ninguno de estos desventurados. Le impuso, pues, el Provincial una severa penitencia por haber infringido la regla. Martín cumplió la penitencia humildemente, pudiera decirse que gozosamente, sin una palabra de protesta.

No obstante, algunos días más tarde fué llamado para que le prestara un servicio al Padre Provincial. Humildemente se arrodilló ante él pidiéndole su paternal bendición y su perdón por haber quebrantado una orden suya. El Provincial le replicó: «Fray Martín, no tuve más remedio que castigarlo por desobediente». — «Perdone mi desatino», le rogó Martín, «pero tenga la bondad de esclarecerme este punto. No creía yo que el precepto de la obediencia prevalecía sobre el de la caridad». Le pareció al Provincial que el sentido común de Fray Martín era tan grande que decidió permitirle usar su criterio en lo futuro en cuanto a ejercer la caridad en el Convento del Santísimo Rosario.

Además de los enfermos y moribundos del Convento o los de la casa de su hermana, Fray Martín le prestaba ayuda a otras personas. Realmente no es fácil comprender cómo podía conservarse al tanto de todos sus protegidos, cómo podía hacer al mismo tiempo todo el trabajo que se le asignaba, por ejemplo, cuando lo enviaban a trabajar a una finca perteneciente al Convento en Limatambo a una distancia de dos millas de la ciudad. Pero Martín contaba con infinitos recursos. Así pues, todas las tardes, después de terminar todos sus trabajos en Limatambo, encontraba tiempo para visitar a los negros enfermos de la vecindad, y les demostraba su amor fraternal. Distribuía medicinas entre las familias negras, vendaba las heridas de los que se lesionaban trabajando, y los cuidaba hasta devolverles la salud. Una palabra dicha o un servicio prestado llevaba en alguna forma la luz a aquellas almas llenas de temor y desesperación. Cuando descubría algún secreto sentimiento de rebeldía en un corazón atribulado, Martín buscaba la manera de mitigarlo con su paciente compasión. Cuando veía a alguno de los negros a punto de morir, inmediatamente enviaba por el sacerdote. Mientras tanto Martín, actuando con sumo tacto, les conservaba la mente fija en Dios con quien pronto iban a encontrarse, y cuando morían consideraba su deber encargarse de que recibieran cristiana sepultura, realizando a menudo este último acto con sus propias manos.

Se ha calculado que Fray Martín alimentaba diariamente alrededor de 160 pobres y que semanalmente distribuía artículos de primera necesidad valorados en dos mil dólares. ¿De dónde obtenía el Beato Martín todo ese dinero?

Para contestar esta pregunta debemos recordar que no todos los españoles que venían al Perú eran aventureros. Y lo que es más, muchos de los hombres que acumulaban inmensas fortunas valiéndose de medios inmorales e inicuos daban muestras de gran generosidad —quizás por derroche— para aquellos a quienes habían conquistado. Los conquistadores despilfarraban el

oro—no lo atesoraban ni seguían especulando con él. Gustosamente también daban considerables sumas, especialmente cuando se enfrentaban con la muerte, para que se distribuyeran entre los pobres por miembros de Ordenes religiosas.

Aunque el Beato Martín parecía haber sido dotado de un genio natural para organizar sus empresas de caridad, nunca se olvidó de que la verdadera caridad cristiana no se sujeta a las frías estadísticas ni se reduce a determinadas normas. La intensidad de su filantropía, su compasión sincera por la humanidad doliente, la comprensión absoluta de la paternidad de Dios y la confraternidad de los hombres le imprimían a su caridad el sello del verdadero amor cristiano. El Beato Martín tenía sus propios planes perfectamente definidos para el mejoramiento de las condiciones de los pobres del Perú. Aun en sus obras de misericordia mostraba extraordinaria eficiencia. Y así, la solicitud del Beato Martín no excluía a nadie. Los vivos y los muertos; hombres, mujeres y niños; clero y seglares; españoles y peruanos, indios y negros; todos eran el objeto de su caridad universal.

Un ejemplo que pone de manifiesto lo bien organizada que tenía el Beato Martín su mente es el éxito que coronó sus esfuerzos en favor de los niños abandonados y sin hogar del Perú. Su corazón siempre se sentía hondamente conmovido al considerar los peligros que constantemente rodeaban a estos pobres huérfanos y a los expósitos. Tenía la convicción de que, a menos que una escuela católica se hiciera cargo del cuidado físico y religioso de estos niños, habría muy pocas probabilidades de que algún día llegaran a ser buenos cristianos. Tanto empeño puso en la causa de estos niños abandonados y tanto fué el celo que lo animó que muy pronto consiguió el apoyo de las autoridades civiles y eclesiásticas de las cuales obtuvo y aseguró una ayuda substancial. Y más aún, la sinceridad que demostró en este gran proyecto persuadió a muchas personas adineradas para que contribuyeran generosamente a su sostenimiento. Fué por la influencia que él ejerciera con el rico comerciante Mateo Pastor y su esposa Francisca Vélez,

con su ayuda que Fray Martín fundó la escuela y asilo de huérfanos de la Santa Cruz para los desheredados del Perú. El bien que esta institución católica ha realizado educando a las niñas (y más tarde a los niños), no solo para que se convirtieran en miembros útiles para la sociedad sino para preparándolos mediante instrucción religiosa para que comprendieran el valor de su herencia en la Fé Católica, sólo Dios lo sabe. No cabe duda, pues, que este es un ejemplo sorprendente del mucho bien que puede realizarse, con la gracia de Dios, mediante los humildes esfuerzos de alguien como Martín de Porres, para el mejoramiento de la sociedad y la salvación de las almas.

C

E

cio
for
da
con
tol
qu
de
tic
vir
liz
qu
lu
mi
tra
un
ar
gü
br
sa
ca
op
pa
pa
de
vi
su
ve
en
ci
an

Capítulo IV

La Caridad Universal de Fray Martín

EN EL CONCEPTO DE FRAY MARTÍN el tiempo era un artículo de lujo. Para él significaba momentos preciosos en los cuales podía ejercer la caridad en múltiples formas. Es de admirar la diversidad de sus obras de caridad, su constante trabajo, y el éxito sorprendente que conquistaban sus humildes esfuerzos. El éxito de su apostolado entre los pobres puede atribuirse en gran parte a que, por inspiración del Todopoderoso, se daba por entero de todo corazón a toda obra de caridad de que tuviera noticia. La vida de Martín es la contestación, por demás convincente, a aquellos que arguyen que no se dedican a realizar obras de misericordia espirituales y corporales porque carecen de tiempo suficiente para ello. Martín desde luego, era absolutamente desprendido; nunca se tomó a sí mismo en consideración cuando de hacer algún bien se trataba. La miseria en cualquier forma constituía para él una llamada urgente a su compasivo corazón. Su corazón ardía en una sed insaciable para mitigar el dolor; y no argüía, como haríamos muchos de nosotros, que estaba sobrecargado de trabajo y que sus responsabilidades religiosas y múltiples deberes le impedían en absoluto ejercer la caridad. Por el contrario, aprovechaba con avidez toda oportunidad, todas las ocasiones que se le presentaban, para mostrar su honda compasión por los que sufrían y padecían necesidad. Sabía que la caridad tocaría el corazón de estas pobres criaturas, que cualquier bondad que se tuviera con ellos produciría sus frutos para la salvación de sus almas. De ahí la prodigalidad de su caridad: por eso a veces nos sentimos sorprendidos por el interés de Martín en las criaturas más bajas de la creación. Pero esto es fácil de comprender si en ello vemos un desbordamiento, una superabundancia, un celo imponderable que no cono-

ce fronteras. Al igual que San Francisco de Asís, estaba Martín consciente de que todas las criaturas, no importa lo bajas o despreciables que fueran, tenían su razón de ser en el plan de la creación. A menos que comprendamos esto, el Beato Martín de Porres se nos presentará a los que leamos su vida como un enigma. Quizás también tuviera el Beato Martín lo que Chesterton pudiera llamar una comprensión del humorismo divino. Algunos podrán sorprenderse de ver los cuadros en que aparece el Beato Martín cuidando de perros y gatos y ratas y ratones, pero eso no es más que una muestra de la bondad de su carácter. Es un símbolo demostrativo del interés ilimitado de Fray Martín por todas las criaturas de Dios —una demostración de caridad que, como hemos de ver más adelante, parece haber traspasado los límites del tiempo y del espacio.

La caridad del Beato Martín, desde luego, empezaba por casa primero. De ésto tenemos evidencia fehaciente en su papel de pacificador cuando la discordia parecía que iba a quebrantar la vida matrimonial de Juana. Cuando recibía un aviso interior de que su pequeño hogar estaba al borde del naufragio, se presentaba en escena muy oportunamente. Su hermana nunca le había dicho de sus dificultades con su marido. Vivían como a milla y media de Lima, y esta crisis en su vida tuvo lugar indudablemente antes de que su casa se convirtiera en un hospital para los enfermos y moribundos del Beato Martín. En esta ocasión particular la disputa entre ambos había llegado a su apogeo; la armonía estaba rota, quizás inevitablemente. La reyerta terminó en lágrimas. Los vecinos ya habían intervenido: la ruptura final parecía inminente, pero para sorpresa de todos aparece Martín en escena.

Traía del brazo una canasta llena de pan, vino, frutas y toda clase de regalos. Nadie se atrevía a decir palabra. Los que habían presenciado la disputa y que quizás le daban la razón a uno u otro, permanecieron silenciosos. La violencia de la ira empezó a trocarse en una nueva armonía que se manifestaba con la entrada del mensajero de la paz, y la luz que iluminó dulcemente aquel caos puso



Ejercía todos los menesteres. Era barbero,
enfermero...

de manifiesto la ridiculez del mismo. Empezó Fray Martín por exponer en detalle las dificultades que habían motivado la discordia, a pesar de que jamás había él oído hablar de ellas. Y parecía conocer él más acerca de la disputa que ellos mismos: les hizo conocer la causa, esos secretos motivos que por orgullo y por amor propio los pendencieros se empeñan en ocultar a los demás y no son capaces de corregir en ellos. Les puso ante su vista páginas secretas de su vida, y lo hizo sin molestar al marido ni a la mujer, porque las cosas que la gente trata de esconder no son, después de todo, peculiares de nadie en particular, sino comunes a toda la humanidad.

Deshizo esos nudos traicioneros, esos nudos super-sensibles que estrangulan los sentimientos de los esposos y enfrían su amor. Después que los incitó a seguir las sendas de la paz, los reprochó severamente por su disparatado proceder. Su hermana y su cuñado recibieron esta sacudida agradecidos porque ya estaban reconciliados; y en adelante ya sabrían amarse olvidándose cada uno de sí propio. Para ellos las cosas incomprensibles de la tierra se les hicieron más claras, más dulces y brillantes. Los vecinos, confortados por el vino y las frutas, partieron para sus casas llenos de alegría, habiendo aprendido por el poder de reconciliación de Martín, la lección de la paz y concordia doméstica.

Angel de la paz llamaban al Beato Martín porque había restablecido la paz en otros hogares además del de su hermana. Para ello se valía de medios característicos de él: daba de su propia caridad a los que carecían de esta virtud. El alma de Martín era todo serenidad celestial. Su misión era diseminar la paz del alma y del corazón que proviene de una sumisión absoluta a la voluntad de Dios: esa paz que está por encima de todo conocimiento mundano.

Pero Martín era un ángel de la paz muy práctico. Pensaba en todo lo que pudiera traer la mayor felicidad posible a los pobres de Lima. Pues bien, él había notado en las afueras de Lima una faja de terreno que ofrecía la apa-

riencia de un desierto. Este terreno árido, desprovisto de toda vegetación, no había sido cultivado porque en Lima tanto los ricos como los pobres sólo pensaban en conquistar el oro, esepreciado metal que inspiraba sus sueños. Tenía él siempre puesta su atención en una colina de la vecindad de la metrópoli que, para su pesar, habían conservado absolutamente yerma a pesar de lo conveniente de su situación. Fray Martín se complacía en plantar en ella, cada vez que tenía algún momento libre, un gran número de árboles frutales, los cuales en su día producirían toneladas de frutas.

* «Dentro de dos o tres años», se decía «esta plantación será el patrimonio de los pobres. Entonces los árboles estarán cargados de frutas suficientes para satisfacer sus necesidades, y luego no se dejarán llevar de la tentación de robar en los huertos de su vecindad para detrimento de sus dueños y perjuicio para sus propias almas». He ahí un ejemplo de la previsión que caracterizaba el carácter de Martín de Porres. La figura del Beato Martín años más tarde llamando a los muchachos de la calle para que participaran de la abundancia de frutas del huerto que previsoramente había sembrado para ellos, nos permite percibir corazón adentro su generosa y providente condición.

La generosidad de Martín alcanzaba hasta las bestias. No podía él creer que Dios hubiera creado ningún ser viviente para ser meramente una bestia de carga o una presa de la codicia de los hombres. Presentía él que podrían evitarse muchos males si los hombres, dotados del don excelso de la inteligencia, se dieran tan sólo cuenta de la locura y crueldad que significa ser inhumanos con las pobres bestias. Tenemos muchos ejemplos de la compasión que Fray Martín sentía por los animales, compasión que a veces se manifestaba con ternura. Por eso, un día que cruzaba por una calle y divisó a un perro con una herida enorme y sangrante, se dirigió a él a la vez que murmuraba: «Pobre viejo, quisiste ser demasiado listo y provocaste la pelea, y mira ahora el espectáculo que ofreces. Ven conmigo, a ver si puedo remendarte». Ya en el Con-

vento, acostó al perro en una alfombra, le lavó la herida, y le aplicó un ungüento. Antes de terminarse la semana mandó al perro seguir su camino, tan bien como antes de tener su encuentro.

La comprensión de Fray Martín no se limitaba a los animales domésticos únicamente. También se ocupaba de los animales dañinos y hasta encontraba en ellos motivos para practicar la caridad. El siguiente relato que de él se hace se ajusta perfectamente al carácter de Martín. Hubo una época en que el Convento del Santísimo Rosario se encontraba infestado de ratas y ratones. Se comían éstos la ropa blanca y los hábitos guardados en la sacristía, en las celdas y en el guardarropa. Fué necesario tomar medidas drásticas para exterminarlos. Esto apenó muchísimo a Martín de Porres a quien le dolía pensar que unos animalitos inocentes, si bien es verdad que resultaban insufribles por la predilección que mostraban por la ropa blanca y los ornamentos sagrados, que así los había creado Dios, fueran a sufrir tan inhumano castigo. Por eso llamó al primer ratón que se encontró en su camino y le dijo: «Hermanito ratón, pon atención a lo que voy a decirte. Se acabó para vosotros la seguridad de que gozabais en el Convento. Ve y dile a todos tus compañeros que se reúnan en el cobertizo que hay al final del huerto. Allí les llevaré alimentos a condición de que me prometan que no volverán a invadir el Convento». A estas palabras, según reza la tradición, el embajador de las hordas ratoniles partió a prevenir a toda la tribu, y así pudo verse la larga procesión de ratas y ratones desfilando por los corredores y claustros en dirección al granero que Martín había destinado para ellos. Este relato ha dado motivo a que muchos consideren a Martín otro flautista de Hamelín. Sin embargo, los que invocan el poema de Robert Browning recordarán que el flautista original lo que hizo fué engatusar a los ratones de Hamelín con su música para arrastrarlos hasta las márgenes del río «en donde todos se zambulleron y perecieron», y ésto lo hizo el flautista para ganarse mil florines que, dicho sea de paso, nunca recibió del alcalde. Por el contrario, Martín, en lugar de destruir los ratones,

los amparó a la vez que libraba al Convento de sus destrozos.

No es fácil comprender el cariño que sentía Martín por los animales domésticos. Uno de sus grabados nos lo presenta dando de comer a perros y gatos en el mismo plato sin que se pelearan, y hasta consiguió que un perro un gato y un ratón comieran de la misma escudilla. Esta sencilla escena es símbolo de la magnitud de la bondad del Beato Martín. Revela al observador comprensivo lo profunda y sencilla que ha debido ser la inmensa caridad que movía su noble corazón hacia los seres humanos y sus almas inmortales. Repartía Martín su tesoro entre sus prójimos, dando de comer al hambriento, de beber al sediento, mitigando penas, consolando aflicciones, alumbrando tinieblas. Dios hizo de él la fuente bienhechora de la cual manaban la gracia y la misericordia que a todos alcanzaba. Sus superiores, sus Hermanos, sus amigos, los enfermos y los pobres, los niños sin hogar: todos recibían los favores que repartía este mulato de tan noble corazón como si manaran de un inagotable manantial.

Fray Martín de Porres tenía, sin embargo, ojos que penetraban los misterios del mundo invisible. Era muy del voto de su Angel Guardián. Tenía una devoción especial por Santo Domingo y San José. En el vestibulo del refectorio había una imagen de la Santísima Virgen a la cual le encantaba a Martín tener siempre adornada con flores recién cortadas y honrada con las velas que por ella ardían. Era muy devoto del santo rosario y se asegura que la Santísima Virgen se le aparecía con frecuencia, sosteniendo al Divino Infante en sus brazos, y sostenía con él largas conversaciones durante la recitación del Oficio Parvo en su dormitorio por las noches o después de Maitines en la capilla en donde gustaba de permanecer orando en la soledad. A pesar de la continua actividad que desplegaba Martín, a pesar de su inmenso dinamismo, de sus múltiples deberes que tan fielmente cumplía al servicio de Dios, le sobraba tiempo para dedicar siete horas a la oración y a la meditación, tiempo que repartía con regularidad cronométrica durante diferentes ratos del día

y de la noche. Era en estas horas de recogimiento espiritual que solía caer en éxtasis. Y así lo contemplamos, espíritu y esencia de humildad, movido siempre a compasión hasta por los seres más viles de la creación, obtener los más señalados favores y alcanzar las gracias más íntimas y privilegiadas de los más gloriosos y bienaventurados escogidos del Señor en el Cielo. ¡En verdad que es Martín ejemplo vivo, hecho realidad, de la promesa de Cristo: «el que se humilla será ensalzado»!

Capítulo V

Las Penitencias de Fray Martín

EL BEATO MARTIN estaba plenamente convencido de la necesidad de hacer penitencia. Durante toda su vida aprovechó hasta la saciedad cuanta oportunidad se le ofreció, y aún las buscó con verdadero afán, para practicar la mortificación y hacer las más severas penitencias. Desde luego, sus Hermanos en religión y la gente de Lima sabían que Martín era un santo en la tierra, pero éste hizo cuanto estuvo a su alcance, dada la sinceridad de su humildad, para ocultarle al mundo su espíritu de penitencia. Trató de ocultar cuanto pudo los favores extraordinarios con que el Cielo lo abrumaba, y jamás pasó por su mente desear que la gente lo mirara como a un santo. Era un olvidado de sí mismo — se creía el peor de los pecadores, y consideraba que las disciplinas que le imponía a su inocente cuerpo, los sacrificios que realizaba, eran tan solo manifestaciones del profundo amor que sentía por el Redentor de la humanidad.

Sin embargo, el Prior del Convento del Santísimo Rosario, Padre Gaspar de Saldaña, decidió conservar para la posteridad las pruebas inequívocas de las penitencias ocultas a que Martín se sometía. Así fué que tomó la resolución de ordenar al Beato Martín a que le hiciera un relato de sus penitencias diarias en la forma más precisa y exacta. Le preguntó si era cierto que, a imitación de Santo Domingo, se azotaba con la disciplina tres veces durante la noche. Como resultaba muy penoso para Martín contestar esta pregunta, se sintió conturbado, por unos momentos vaciló, y al cabo, contestó obedientemente: «Padre, Dios que es todo bondad, hará conocer todas estas cosas cuando lo crea conveniente. Pero puedo decirle lo siguiente: siguiendo el ejemplo de nuestro glorioso Padre y Fundador, sí, es cierto, me disciplino tres veces durante la noche». Dicho lo cual le suplicó a su superior que

pusiera fin a tan penoso interrogatorio, favor que éste le concedió bondadosamente.

Nos relatan sus biógrafos que las penitencias de Fray Martín eran severísimas, de toda índole, y se las imponía con toda puntualidad y sin interrupción de ninguna clase. Antes de ingresar en la Orden, ya había empezado a practicarlas y sólo la muerte pudo ponerles fin. Martín sabía cómo conservar ocultas a la curiosidad de los hombres sus extraordinarias austeridades. Lo único que el mundo veía era más bien su trabajo para glorificar a Dios y consolar y confortar a los afligidos. En el concepto de Martín, el sufrimiento era el precio del amor, y consideraba este precio absolutamente insuficiente. A uno de sus amigos que le preguntara por qué castigaba su cuerpo tan despiadadamente, le contestó con sencillez «Mi salvación exige ese rigor, y mis faltas merecen mucho más».

Por eso Martín de Porres sólo comía lo estrictamente necesario para vivir. Al igual que otros hijos de Santo Domingo, se abstenía de comer carne; y ayunaba constantemente. Durante la Cuaresma sólo tomaba un poco de pan y agua; desde el Jueves Santo hasta el mediodía del Domingo de Pascua de Resurrección, no probaba bocado. Durante el resto del año, particularmente los domingos y días de fiesta de la Iglesia y de la Orden, para conservarse fresco y alegre, añadía a su dieta algunos vegetales, hierbas o los insípidos tubérculos de escaso valor nutritivo que los naturales del Perú llaman «yuca». Sin embargo, a pesar de tan escasa alimentación, Martín rendía un trabajo equivalente al de varios obreros.

Martín de Porres, únicamente le reveló al Prior el número de veces que se flagelaba, pero hubo otras personas que vieron y podían dar más informes de ellas. No quiso el Señor que Su Siervo ocultara totalmente secretos de santidad que podrían ser edificantes para el mundo. Sabemos con qué paciencia y con cuánto ardor se azotaba fray Martín: Se dice que el látigo que usaba no era simplemente un cordón anudado, sino una cadena de hierro reforzada con garfios de acero. Cuando le empezaban a

sangrar los hombros al Beato Martín, se complacía en aumentar su dolor frotándose las heridas con sal y vinagre, en la esperanza de que en esta forma haría reparación de sus propias faltas y, posiblemente, merecer por sus sufrimientos la gracia de la conversión de los pecadores.

Empero, esta era solamente la primera de las flagelaciones nocturnas. A su terminación, Fray Martín solía ir a la sala del capítulo a meditar ante el crucifijo sobre la pasión de nuestro Salvador. Y cuando por medio de la oración aumentaba su fervor, se preparaba para la segunda disciplina quitándose la túnica de tosca estameña adherida a las sangrientas heridas de su cuerpo como si estuviera encolada, renovando así sus anteriores sufrimientos. Durante esta segunda disciplina, Martín se trataba con mayor crueldad aún, implorando al Cielo con todas las fuerzas de su alma, que volvieran a Dios los que vivían en el pecado. Poco le importaba a él, que acababa de contemplar los terribles sufrimientos de Jesús durante su Pasión y Muerte, que su propia sangre regara la tierra misma en que descansaba. Cualquier penitencia haría, sufriría cualquier dolor, con tal de salvar alguna alma. Era este apasionante deseo que lo impulsaba a infligir cada vez mayores castigos a su inocente cuerpo es su celo incommensurable por conquistar para Cristo a la humanidad lo que nos explica y nos da la clave de la severidad del Beato Martín para consigo mismo.

Después de la segunda flagelación, este santo Hermano de Obediencia, debilitado por el dolor y la pérdida de sangre, se tomaba un breve descanso en el catafalco de los frailes — el féretro en que colocaban los cadáveres — o se iba a sentar en una silla de la enfermería en donde su pobre cuerpo gozaba de un breve respiro en el sueño mientras aguardaba a amanecer. Fray Martín se levantaba poco antes de romper el alba, y antes de que se dejara sentir la primera señal de vida en el Convento, descendía silenciosamente a cierto rincón oculto del sótano, donde sabía que le esperaba la tortura física de mayor intensidad.

Al amanecer del día, un joven escogido por Martín,

venía puntual a una terrible cita con el Beato. Este joven habría de ser un nativo, uno de esos incas o negros a quienes Fray Martín se había ganado con su generosidad y a quien obedecían ciegamente. Fornido habría de ser el joven, escogido a propósito por Martín, fornido y despiadado. Frente a él se descubría Martín por tercera vez la espalda y los hombros, y al hacerlo, arrancaría la tela que se habría pegado a sus heridas mientras dormía, y entonces le hacía señas al joven indio de que estaba listo. Y empezaba entonces la más despiadada de las azotainas en la que su espalda sufría el furioso golpear de una rama de membrillo silvestre esgrimida con brutal persistencia y tenacidad. La blandía un verdugo inexorable que golpeaba con saña y que era incitado a ello por su propia víctima que con voz enronquecida le urgía a hacerlo con todas sus fuerzas y que no desmayara hasta que las puertas del Cielo se abrieran para dejar entrar algún alma que estuviera consumiéndose en el purgatorio.

No mostraba el Beato Martín durante el día ninguna señal que pudiera indicar que se había entregado a tan severas penitencias. Sus fuerzas parecían resistir prodigiosamente tan duras pruebas. Conservaba su placentera sonrisa; su ternura y solicitud por los aflijidos; su laboriosidad y paciencia en el desempeño de sus deberes tan sinceras e inalterables como siempre. Nadie hubiera podido sospechar que Martín hubiera puesto a prueba sus fuerzas con tanta severidad durante la noche con semejantes disciplinas. Pocos hubieran podido adivinar cuando salía en sus obras de misericordia reflejando su rostro la alegría, distribuyendo donativos a los necesitados y curando enfermos de cuerpo y de alma, que su cintura estaba ceñida fuertemente por una cadena de hierro. Pocos se hubieran imaginado que sobre sus hombros sangrantes llevaba una camisa de cerdas como penitencia. Era Martín siempre tan afable, tan bueno y generoso, tan amable y afectuoso que en realidad constituía un mentís para esas almas puritanas que se imaginan que por hacer penitencia adquieren el derecho de estar malhumoradas el resto del día.

El Beato Martín era de lo más humano y sociable pero en debida forma. Le encantaba visitar a sus hermanos en religión, conversar con ellos acerca del Reino de Dios. Durante sus visitas se celebraban grandes actos de acción de gracias en el Convento de los PP. Franciscanos o en el Convento Dominicano de la Magdalena, en el cual era Hermano de Obediencia el Beato Juan Masías, en cierto modo discípulo de Martín. Fray Juan era dieciseis años más joven que fray Martín. También sentía él las ansias y poseía la generosidad de un santo. Hijo de un noble español arruinado, el Beato Juan se había hecho pastor, pero más tarde, obedeciendo a un requerimiento divino, partió para el Nuevo Mundo. Distinto de los soldados españoles de oficio que venían en busca de oro y de riquezas, el Beato Juan dejó lasuya tras sí en sus viajes por la América del Sur en donde quedaron las huellas de su buen ejemplo. Cuando finalmente llegó a la Real Ciudad de Lima, distribuyó entre los pobres la escasa parte que le quedaba de sus bienes de fortuna adquiridos con el sudor de su frente y fué a tocar a las puertas del Convento Dominicano de Santa María Magdalena donde solicitó humildemente ser admitido en la familia de Santo Domingo como Hermano de Obediencia Gustosamente le concedieron la solicitud que hacía con tanto fervor. Tan edificante fué su conducta en el Convento que al año de su noviciado se le asignó el importante cargo de portero. Al igual que el Beato Martín, no tardó en convertirse en el amparo de los pobres a quienes repartía sus limosnas. Los ricos del Perú, y hasta personalidades de Méjico, le daban considerables sumas para los pobres. Por eso Fray Juan podía atender las necesidades de tantos pordioseros que a diario desfilaban por la portería del Convento. Su afabilidad era inagotable y no se daba descanso. La gente venía de todas partes en busca de consejo y orientación. A todos urgía que tuvieran suma confianza en Jesús.

Fué Fray Juan Masías quien en cierta ocasión en que ocurrió un temblor de tierra de los que solían sacudir ocasionalmente a Lima reunió a los religiosos de su Convento para convencerlos de que no debían correr tonta-

mente hacia el huerto. «Vengan conmigo a la Capilla del Rosario», les dijo, «que allí jamás sucederá un accidente, se lo aseguro». Y en realidad, los religiosos tomaron por costumbre refugiarse en épocas de terremotos en esta Capilla dedicada a la Madre de Dios, y siempre resultó un refugio seguro en casos de peligro. A los pobres les encantaba asistir a las clases de religion que él daba. Conquistados por el singular encanto de su sencillez, se sentían fortalecidos y exaltados por la pureza de alma de Fray Juan, el cual les enseñaba no lo que había aprendido en libros, sino los conocimientos que había adquirido por experiencia, lo que había palpado con la mano espiritual de la fe. Fácilmente puede uno imaginarse las inefables conversaciones de estos dos santos Hermanos planeando unas veces la rehabilitación de los pobres sumidos en la miseria, hablando otras con palabras de encendido amor de su adorada Reina del Rosario, y aún otras aumando sus inteligencias para descubrir nuevos medios de mayor éxito para aliviar la necesidad y penuria de los desvalidos.

Después de haber conversado sobre todas esas cosas solían Fray Martin y Fray Juan retirarse a un sito apartado de la huerta para entregarse a la oración mental y pedir a Dios Todopoderoso se dignara bendecir el apostolado de misericordia a que se habían entregado de todo corazón. ¡Hermoso cuadro el que ofrecían estos dos Hermanos de Obediencia: uno castellano de noble linaje, otro un humilde mulato! Era como si estuvieran celebrando, allá a principios del siglo XVII, una justa cuyo objetivo fuera la Santidad: ¡cuál más santo! Ciertamente que sus vidas corrían paralelas. Dios los había bendecido a ambos con el éxito más lisonjero de sus empresas de caridad, los había dotado a ambos de una gran habilidad para procurarse fondos con qué socorrer a los pobres y enfermos, a ambos les había concedido la gracia de obrar milagros y el don de profecía, y lo que es más raro y singular todavía, que fueran beatificados por el mismo Papa, Gregorio XVI. Quizás Fray Martin, si es que vamos a juzgar por el interés que ha despertado últimamente su causa, alcan-

ce la corona de santidad antes que el Beato Juan Masías, pero en vida ciertamente parecían casi idénticos en la práctica de la virtud y en los dones con que Dios los abrumaba a ambos. Y seguramente que el Beato Juan Masías será el primero en demostrar su genuina alegría si su amigo Fray Martín hubiera de recibir los más altos honores que la Iglesia puede conferir a sus hijos: la inscripción solemne de su nombre en el catálogo de los santos ⁽¹⁾.

(1) El Beato Martín era también amigo íntimo de Santa Rosa de Lima. Según Fray Francisco del Arco (Proceso Apostólico, Vol. III pág. 671 y siguientes), en ocasiones ella venía a la puerta de la sacristía a consultar al Beato Martín sobre asuntos espirituales. El solía llamarla la Rosita.

Capítulo VI

La Alfombra Mágica de Fray Martín

HAY UN CAPITULO en la vida del Beato Martín de Porres que parece tomado de un cuerpo de hadas. Dios Todopoderoso ha debido sentirse sumamente complacido con las buenas obras y el apostolado de misericordia ejercido por este amante siervo Suyo porque, para que él pudiera ensanchar el campo de su ministerio en favor de los pobres y los enfermos llegó en ocasiones incluso a alterar las leyes de la naturaleza. Se complacía Dios en forma milagrosa de ponerle límite al espacio para transportar vertiginosamente a Fray Martín a lugares remotos, aunque de hecho no podía decirse que jamás el Beato hubiera surcado los mares. Esta fase de la misión de caridad de Martín es en extremo interesante. Excita extraordinariamente la imaginación; es algo verdaderamente singular y de inmenso dramatismo. Porque el celo de fray Martín es algo que traspone las barreras del tiempo y el espacio. Su apostolado por todo el mundo trescientos años después de su muerte, constituye una misión de misericordia claramente evidenciada y gustosamente reconocida por miles de devotos agradecidos jamás podrá borrarse con el rápido transcurso del tiempo!

Rasguemos por un momento el velo del pasado, volvamos atrás trescientos años y detengámonos en el Convento del Santísimo Rosario. Allí encontraremos a fray Martín: es el enfermero del Convento. Se enfrenta con un virulenta epidemia que está haciendo estragos. Son sesenta los novicios que están atacados del mal. A éstos Fray Martín les procura todo el alivio posible y los atiende con todo el cariño de que es capaz. Podemos fácilmente imaginarnos cómo será en estos momentos de solicitado Fray Martín y cómo tendrá que multiplicarse. Verdaderamente tiene que realizar milagros. Por eso, aun cuando la puerta

del noviciado permanece cerrada, se verá a Fray Martín entrar y salir de él sigilosamente, e ir de una cama a otra sabiendo ya de antemano lo que cada cual desea sin haberlo expresado, complaciéndolos a todos. Satisfacía las necesidades más secretas e inesperadas de los enfermos. No tenían que llamarlo: intuitivamente Fray Martín se anticipaba a los requerimientos de todos. Este fenómeno se observaba frecuentemente aun en tiempos normales. De noche, por ejemplo, cuando algún novicio lo necesitaba en el noviciado estando las puertas de éste cerradas con llave, lo vería de pronto al pie de su cama sin que nadie pudiera explicarse cómo había entrado ni cómo supo que lo necesitaban. Quizás su Ángel Guardián, de quien era tan devoto, era su fiel aliado y vigilante ayudante en estas singulares, asombrosas visitas a los enfermos.

Una noche, a las dos de la madrugada, el novicio Francisco Velazco enfermó de gravedad a tal extremo que él creía que se moría. Se encontraba en cama imposibilitado y lleno de desesperación. De pronto entró Fray Martín a su habitación trayendo consigo el consuelo y los remedios necesarios para el muchacho enfermo. Sorprendido, pero lleno de confianza, el novicio esforzándose le preguntó: «¿Cómo supo usted que yo estaba enfermo?» A lo cual contestó su milagroso enfermero: «No haga preguntas innecesarias; consuélase, que no morirá de esta enfermedad». Al instante Fray Francisco supo que estaba curado. Años después, cuando ya era sacerdote, gustosamente declaró bajo juramento los detalles de esta visita del Beato Martín.

Francisco relató al maestro de novicios este suceso. Lleno de asombro le dijo el Padre: «Lo que me cuentas es muy raro: la puerta del noviciado ciertamente estaba cerrada con llave y con cerrojo en el momento en que Fray Martín le visitó. Yo mismo cerré como de costumbre esa puerta y me quedé con la llave».

Como este fenómeno se realizó para beneficio de un novicio, el maestro de novicios quiso conocer todo lo relacionado con estas visitas de Fray Martín. Se le ofreció la oportu-

tunidad de realizar esta investigación una noche a las diez a raíz de haber él cerrado con llave las dos puertas del noviciado, una a cada extremo del corredor. «Mira», se dijo, «Ahí está fray Martín en la celda de uno de los novicios que está enfermo! ¿Cómo pudo entrar? Bueno, por lo menos voy a descubrir cómo es que sale». Silenciosamente el maestro de novicios se escondió en una esquina oscura del corredor para observar los movimientos de Fray Martín. Conservó los ojos fijos en la puerta de la celda y esperó. ¡Pero todo fué en vano! Nadie apareció; corrió el maestro de novicios hacia las puertas para asegurarse de que estaban bien cerradas. Lo estaban, y las llaves pendían de su sinturón. Para asegurarse las tocó. Luego lleno de admiración exclamó: «¡Loado sea Dios!».

Cuentan las crónicas que Martín era tan solícito con los novicios enfermos que les procuraba cualquier fruta que en su delirio estuvieran deseando —aunque no fuera la estación en que la misma se cosechara, aunque no se diera en el Perú.

Una noche sufría Rodrigo Meléndez ⁽¹⁾ más de lo acostumbrado de una erisipela molestísima que sufría. ¡"Ah!", murmuraba, "¿quién podría traerme un poco de agua caliente para lavarme la pierna?" Era un lamento, hasta cierto punto temerario, ya que todo el Convento estaba dormido y este pobre seglar que por una excepción concedida había sido alojada en el Convento del Santísimo Rosario en donde había caído enfermo, había cerrado con llave por dentro, con su propia mano, la puerta de su habitación. Se lamentaba, pues, no con la esperanza de ser oído, sino porque el dolor le había hecho proferir los quejidos que no pudo reprimir. Sin embargo, apenas había proferido sus quejas cuando Fray Martín se encontraba frente a su cama

(1) Rodrigo Meléndez era el padre del Sacerdote Juan Meléndez, O. P., quien escribió una valiosa historia de las ejecutorias Dominicanas en Suramérica durante el primer siglo de la conquista española. Rodrigo se había quedado en el Convento para no ser arrestado mientras cobraba cierto dinero para pagar sus deudas.

trayendo consigo el agua caliente. Lleno de admiración, el enfermo acosó al Hermano a preguntas pero éste se limitó a decirle que él sabía como llegar hasta el lecho de un enfermo cuando era necesario. El hijo de Rodrigo relató este suceso en el proceso de beatificación.

Rodrigo presenció otro milagro del mismo género. Estaba visitando a su vecino en la enfermería, el Padre Juan de Salinas, quien, debilitado por una hemorragia de estómago estaba precisamente diciéndole: «¡Cuánto daría por un poquito de azúcar y un vaso de agua para mitigar la sed!» No había terminado aún de hablar cuando Fray Martín se encontraba al lado de su cama con un vaso de agua azucarada —y la puerta no se había abiertol

Desde su entrada a la Orden, Martín se había sentido grandemente atraído por los países lejanos. Siendo joven le hubiera encantado ir a evangelizar las razas amarillas del lejano oriente. Siempre fué su sueño ir a predicar la buena nueva de la redención del hombre a tierras lejanas. Dios, sin embargo, que es la esencia de la generosidad, conociendo el celo desinteresado de Fray Martín, se dignó en varias ocasiones permitir a este milagroso misionero realizar rapidísimos viajes invisibles hasta Méjico, Argel, Francia, Islas Filipinas y quizás hasta la China. Martín de Porres pasó toda su vida religiosa en el Perú, en el Convento del Santísimo Rosario de Lima, y sin embargo podemos mencionar distintas ocasiones —muy dignas de crédito— en que el Beato Martín estuvo presente entre los pobres, los cautivos y los desconsolados de toda la redondez de la tierra.

Un criollo que había vivido mucho tiempo en China, tuvo a su regreso al Perú una interesantísima conversación con Martín de Porres acerca de las costumbres de la China que Fray Martín conocía tan bien como él.

Francisco de Montoya conoció al Beato Martín en el Africa, en donde el bondadoso Hermano había asistido y consolado a tantos esclavos cristianos. Admitía Montoya que ni él ni sus compañeros de cautiverio conocían el verdadero nombre y el origen del misterioso religioso, pero afirmaba rotundamente que había sido Fray Martín quien

con sus limosnas y exhortaciones los había consolado con gran prodigalidad cuando su miseria era más apremiante. Suponemos la inmensa alegría que sentiría Francisco cuando, habiéndose librado del cautiverio y de regreso al Perú, se encontró de improviso en la Iglesia del Santísimo Rosario con este gran benefactor a quien no suponía encontrar jamás en Lima. Se echó en los brazos de Fray Martín y le preguntaba ansiosamente acerca de su viaje desde Argel formulándose mil preguntas. Contestó Martín con evasivas. Se admiró Francisco de todo esto y quiso saber la razón de tanto misterio. No tardó en averiguarlo porque supo por el P. Prior que a Fray Martín nunca lo habían enviado al Africa y que les constaba que jamás había abandonado el Perú corporalmente. ¡No es, pues, de extrañar que Francisco se entusiasmara tanto con tan milagroso apostolado! Ni es tampoco de extrañar que él quisiera que el mismo tuviera repercusión en todo el mundo.

Martín de Porres debió ir también a Francia en esta forma sobrenatural porque, en cierta ocasión en que administró a un enfermo una medicina desconocida en el Perú hizo espontáneamente la siguiente observación: «Esta medicina es muy buena. La he visto usar en Francia, en el hospital de Bayona».

Un comerciante de Lima no se cansaba de repetir algo que le sucedió encontrándose en Méjico. Es un relato bellísimo. Antes de dejar a Lima para ir a Méjico el referido comerciante tuvo que sufrir ciertos inconvenientes para poder encomendarse a las oraciones de Fray Martín, en quien tenía muchísima confianza. A su llegada a Méjico cayó gravemente enfermo. En la amargura de su agonía exclamaba: «¡Oh, Dios mío! ¿Por qué no está fray Martín aquí para cuidarme?». Y en ese mismo instante el bondadoso Hermano entró en la habitación con una sonrisa que le iluminaba el rostro. Lleno de alegría le preguntó el comerciante: «Oh, ¿cuándo llegó aquí, querido Hermano?». «Acabo de llegar», le replicó su visitante. Entonces se dedicó a poner las cosas en orden acomodándolo todo adecuadamente para dar a la habitación un aire alegre y familiar. Entonces dijo al enfermo: «Hombre de poca fe



...distribuyendo donativos entre los necesitados...

¿por qué ha pensado usted que se iba a morir?» Y dándole una medicina añadió: «Tranquilícese, pues, no morirá de esta fiebre». Y enseguida abandonó silenciosamente la habitación.

Pronto se encontró el comerciante curado y para dar las gracias a su amigo por sus bondades, se apresuró a ir al Convento Dominicano de la ciudad de Méjico, en donde creyó que Fray Martín se habría hospedado. Sin embargo, allí se le dijo que Martín no había visitado el Convento. ¿En dónde estaría entonces hospedado? El comerciante lo buscó en todos los hoteles de la ciudad con la esperanza de encontrarlo. Pero todo fué en vano —nadie lo había visto ni oído hablar de él. El comerciante tuvo que esperar hasta su regreso a Lima para tener noticias de Fray Martín. En el Convento del Rosario, los padres aseguraron que el bondadoso mulato no había abandonado el Convento en ningún momento. El comerciante quedó asombrado y jamás pudo relatar el incidente sin que se le llenaran de lágrimas de gratitud sus ojos.

Es ciertamente difícil determinar qué se puede aceptar como cierto de las aseveraciones que se hacen con respecto a los viajes espirituales de Martín al Asia y Africa. Eran en un sentido viajes en espíritu, pero evidentemente con todas las apariencias y facultades físicas del Beato Martín presentes para beneficio de las almas. De todos modos, testigos de absoluto crédito, uno de China, otro de Japón y un tercero de Argel, aseguran que han conocido a Martín de Porres — no a ningún otro — según lo vieron luego en Lima, aun cuando en realidad los superiores de Fray Martín garantizaban que nunca había residido en ningún otro lugar que no fuera el Convento del Santísimo Rosario.

El Beato Martín poseía también el don de la invisibilidad. En ocasiones actuaba sin ser visto. Durante ciertos éxtasis desaparecía de la vista de los hombres. Y lo que es más notable es que él podía transmitir este don a otras personas. Por lo menos se cita un ejemplo de esta facultad. Sucedió de la siguiente manera: La policía había seguido las huellas de dos acusados hasta el Convento y los hubieran arrestado allí si fray Martín —evidentemente por al-



Se quitó el zapato y devolvió la moneda

guna razón que se avenía a los designios del Señor—no los hubiera hecho invisibles, permitiéndoles así escaparse de las manos de la justicia.

En ocasiones, dejaba Martín sin saberlo ante la vista de las personas algo de la vida invisible que le rodeaba. Existe una declaración de los Padres y Hermanos que aseguran haber visto a dos ángeles rezando con él una noche cuando, según costumbre, se recitaba el Oficio Parvo de la Virgen en el dormitorio antes de Maitines. En otra ocasión se vió a Fray Martín paseando por el claustro del Convento en compañía de cuatro ángeles, perfectamente visibles, que se asemejaban a hermosos jóvenes portadores de antorchas luminosas.

Alguna vez se vió a Fray Martín en forma de una bola de fuego. Así ocurrió una noche en que el Padre Barragán se encontraba muy enfermo. El religioso que estaba de turno para avisarle a Martín con la campana vió, mientras aguardaba la hora señalada, a Fray Martín atravesar el espacio en forma de bola luminosa. Fué como quien dice arrojado al pie de la cama del Padre enfermo. En otra ocasión toda la comunidad presenció un prodigio similar. Nuevamente como una esfera de luz fué transportado Fray Martín como un relámpago desde la sala capitular hasta el coro.

En igual forma que compartía él su don de invisibilidad con otros, así también concedió este «Hermano volador», como se le llamaba, su don de agilidad a treinta novicios a quienes había llevado de paseo al campo en las afueras de Lima. El maestro de novicios le había pedido a Fray Martín que llevara a los muchachos a una excursión sespertina a los bosques distantes unas tres millas del Convento. Se estaban divirtiendo tanto que los muchachos y él mismo no se dieron cuenta de que el tiempo volaba. El anochecer sin duda los sorprendió en el bosque; y seguramente no tenían medio de llegar a tiempo al Convento. ¿Qué hacer entonces? Fray Martín se encontró de momento desconcertado. La campana llamando al Oficio estaba por sonar y ellos estaban a considerable distancia del Convento. Los novicios temían ser castigados. Martín empezó

a rezar con* todo fervor, según era su costumbre. Al momento se alumbró su rostro y les dijo a los jóvenes a su cargo: «¡Vamos, síganme!»

Quizás los muchachos formaron una fila, de uno en fondo al estilo de los indios, con Martín a la cabeza. Nadie supo cómo sucedió. Quizás Martín les dijo que se dieran la mano y cerraran los ojos. ¡Cómo nos gustaría saberlo: . . . uno, dos, tres! . . . abran los ojos! Unos cuantos pasos y se encontraron todos juntos en el umbral del Convento. La gran distancia se había recorrido en menos tiempo del que requiere contar el prodigio. Pero no fué eso todo — también atravesaron las puertas que ya habían sido cerradas con llave, sin molestas a nadie, y al tiempo preciso los novicios tomaban sus asientos en el coro, listos para comenzar el rezo del Rosario.

Capítulo VII

Otros Prodigios de Fray Martín

MARTIN DE PORRES ERA MIEMBRO de la Orden de Predicadores, en cuyo escudo de armas aparece blasonada la palabra *Veritas*, que significa «Verdad». Primeramente fué miembro de la Orden Tercera, pero a los nueve años de ser terciario se le obligó a vencer su humildad por mandato de su superior quien le ordenó en virtud de santa obediencia aceptar el honor de una más completa consagración a Dios haciendo los votos solemnes. El Beato Martín estaba perfectamente compenetrado del ideal de Santo Domingo — que sus hijos habían de ser apóstoles, llevar una vida de ejemplar santidad y dar a otros el fruto de sus estudios y contemplaciones. Comprendía el Beato Martín que aunque no podía él subir al púlpito y realizar los deberes de los sacerdotes, sin embargo, podía ayudar eficazmente a los Padres en su labor haciendo él en el Convento los trabajos necesarios. Había padres y novicios enfermos que atender; habitaciones y corredores que barrer; ropa que cepillar y arreglar, y miles de cosas que exigía la vida activa de un Convento como el del Santísimo Rosario a cada momento del tiempo de que disponía el buen Hermano. Comprendía también Martín que su trabajo en favor de los pobres, de los enfermos y de los moribundos era un medio indirecto de predicación, una preparación del corazón de estos proscritos para el ministerio de los sacerdotes. Es casi innecesario añadir que toda la vida de Martín ha debido ser un sermón vigorosa e irresistible, que ha debido tocar el corazón de todo el que sólo tenía que conocerlo para amarlo y quedar edificado por las virtudes gloriosas que tan maravillosamente fueron norma ejemplar de su vida.

Al igual que Santa Catalina de Sena, parecía que Martín hubiera recibido de lo Alto el don de la sabiduría. No

an solo estaba él iluminado por los dones del Espíritu Santo, sino que parecía haber recibido un conocimiento especial, específico, de la teología católica, cuyo exponente más alto es, desde luego, el Doctor Angélico, Santo Tomás de Aquino. Cierta día que pasaba al lado de dos estudiantes que discutían animadamente en cuanto a si la esencia o la existencia de Dios era, de acuerdo con nuestra humana manera de pensar, la perfección suprema, terció Martín en la conversación con la siguiente observación: «Hijos míos, lean lo que Santo Tomás dice acerca de ese punto. Verán ustedes que de acuerdo con nuestra humana manera de pensar, la existencia es la perfección superior porque expresa en un solo concepto el último ser: Dios». Cuentan los estudiantes el incidente al Regente de estudios, Padre Francisco de la Cruz, sabio religioso maestro en teología. Comentó el Padre: «Fray Martín es muy docto —posee la ciencia de los santos». En otra ocasión fué una disputa entre profesores que Martín decidió. Les dijo que leyeran lo que Santo Tomás había escrito sobre el particular y hasta les citó el artículo en que se había resuelto el punto.

Aun cuando la vida del Beato Martín fué del principio al fin un continuo milagro, no debemos por ello de olvidar sin embargo, que, como todos los santos él estaba absolutamente convencido de la necesidad de realizar todos sus deberes —aun los más insignificantes— con toda puntualidad y absoluta fidelidad. La regla y constituciones de la Orden Dominicana eran el patrón de Fray Martín para vivir santamente. Era el plan que Dios Todopoderoso deseaba que él siguiera—pauta flexible y segura para producir santos. Fué debido al fiel cumplimiento de sus deberes religiosos, a su paciente laboriosidad, a su desinteresado apostolado entre los pobres, a su sincera humildad y a su constante obediencia que el Todopoderoso se dignó otorgar a Su fiel siervo tales poderes milagrosos.

Aun cuando los historiadores nos aseguran que en el siglo XVII los Dominicos de Suramérica, observaban la vida religiosa con toda rigurosidad, naturalmente no todos los Padres eran santos en la tierra. Estamos también

seguros, basándonos en todos los relatos al efecto, que Fray Martín tenía el buen sentido de no meterse en los asuntos de los demás. Sin embargo, el Beato Martín nunca tuvo inconveniente en ciertas ocasiones de ofrecer un consejo a tiempo, de hacer una insinuación cuando sabía que podría causar algún bien. Una vez se sintió conturbado al encontrar a uno de los religiosos usando una camisa de hilo. Desde luego, nada hay esencialmente malo en usar ropa fina, pero ello era contrario a la regla de la Orden. Primero pensó caritativamente que ese religioso tendría alguna dispensa justificada por alguna enfermedad, pero cuando supo que usaba tela de hilo por falta de lana, no descansó hasta que le consiguió la ropa de lana prescrita. Se fué de un comerciante a otro de los que sabía estaban dispuestos a cortar estameña suficiente de sus piezas para hacer dos o tres camisas para cada religioso.

Este incidente, sin embargo, no debe llevarnos a pensar que Fray Martín fuera de criterio tan estrecha que sólo viera las cosas desde un punto de vista único. Por el contrario, él, que se vestía con los hábitos más viejos y remendados, causó gran sorpresa a un anciano sacerdote al defender la conducta de otro Padre cuya elegante manera de vestir había provocado indignación en el anciano fraile. Ambos se encontraban paseando juntos cuando vieron al elegante sacerdote y la opinión expresada por cada uno de ellos fué asaz diferente, en cuanto a su conducta. «¿Qué le parece a usted, Fray Martín, de esa vanidad y petulancia en un joven clérigo?» «Es una mejor señal de la Providencia de Dios de la que usted se imagina», replicó Martín, «Dios permite esta veleidad para un propósito ajeno a su pensamiento, y El puede usarla para la salvación de las almas. Imagínese a un pecador desenfrenado e incorregible de los que por desgracia hay tantos en este mundo que se acerque a este padre o a otro de iguales condiciones. Al verle, al notar su presencia, su comportamiento, su porte, se dirá para sí que este Padre debe ser complaciente y benévolo con los pecadores endurecidos. Si la gracia le toca, no mucho pero si lo suficiente para que le impulse a hacer penitencia, se decidirá a ir donde este sacerdote, alegre de

corazón y dispuesto a confesarle sus pecados, y así reconciliarse inmediatamente con Dios. Pero supóngase que uno de esos pobres pecadores se encuentra con un Padre como usted, vistiendo un hábito raído que parece que se lo han tirado encima, y calzando unos enormes zapatos como los que usted lleva, y con una mirada tan austera como la suya y un ceño tan adusto ¿qué sucedería? Pues que se llenaría de pavor y echaría a correr, por muy pesados que sintiera sus pecados sobre sus espaldas.»

Fray Martín tenía reservado un sitio especial en su corazón para los novicios a quienes consideraba la promesa y esperanza de la Orden y la flor y nata del movimiento misionero. Por eso en una ocasión se dirigió a uno que estaba enfermo en cama e inclinándose sobre el cuerpo enflaquecido del muchacho le dijo con voz acariciadora: «¿Deseas vivir, Hermanito?» Cuando el jovencito le contestó que sí, añadió Fray Martín: «Pues bien, no morirás de esta enfermedad. Vive, hijo mío, y trabaja largo tiempo por la salvación de las almas». E inmediatamente recobró la salud.

En el Convento había un joven muy virtuoso, una verdadera promesa llamado Fray Tomás del Rosario, el cual murió después de una prolongada enfermedad. Ya estaba preparado para el entierro y lo iban a llevar al coro. Los Hermanos se estaban reuniendo a la puerta para rezar el acostumbrado Oficio de Difuntos cuando Fray Martín entró a la habitación del difunto. Mandó cerrar la puerta y empezó a rezar en voz baja al pie del Crucifijo, rogándole al Salvador que ejerciera Su misericordia. Luego se levantó, se acercó al finado y le habló al oído: «¡Fray Tomás!» Inmediatamente el difunto se movió y suspiró. Al ver esto, Fray Fernando de Aragón, el portero, que presenció este milagro, no pudo contenerse y exclamó: «Oh, cuán poderoso es Dios Nuestro Señor que le devuelve la vida a un muerto al solicitárselo Su fiel servidor!» Se escabulló Martín al instante y dijo a los frailes que se habían reunido en el claustro: «Pueden ustedes regresar a sus celdas, Fray Tomás ha recobrado el conocimiento».

En el año 1634 el Rimac se desbordó inundando la ciu-

dad de Lima y en su crecimiento arrollador amenazó con sumergir en sus aguas turbulentas a la Iglesia de Nuestra Señora, construida en sus márgenes. El pánico cundió por la metrópoli. Fray Martín, lleno de emoción, corrió hacia el río. Una vez allí escogió tres piedras en nombre de la Santísima Trinidad. Puso una al borde del río inundado, la segunda la tiró a una corta distancia, y la tercera la lanzó en medio de la corriente. Luego de hacer esto oró con tanto fervor que llenó de confianza a la multitud en la Divina Providencia, y ante la vista misma de la excitada muchedumbre empezó a retroceder gradualmente las aguas hasta su cauce natural. ¡La Iglesia de Nuestra Señora se había salvado! La multitud rompió en vivas que repercutían en toda la ciudad. En acción de gracias los vecinos de Lima ofrecieron erigir otra magnífica iglesia en terrenos más altos en donde no hubiera el peligro de inundación. «No hagan ustedes tal cosa», les dijo Fray Martín. «La Iglesia de Nuestra Señora ha sido levantada en el sitio donde debe estar. Jamás volverá el Rimac a amenazarla». Era una profecía que la naturaleza ha respetado escrupulosamente.

El don de profecía de Martín no se sujetaba meramente a los hechos externos, sino también se manifestaba en las cosas que afectaban el alma. Podía discernir las acciones del alma, leer el pensamiento y las emociones del corazón. Por eso cuando le presentaron al hermano de un dominico, un tal Juan Ferrer, le dijo sin vacilación: «¿Cuándo le veremos a usted con su birrete?» Este joven había hecho el voto secreto de que, si se curaba de una enfermedad mental, entraría en la Compañía de Jesús. En el caso que se relata a continuación su don de profecía le permitió ver por adelantado sucesos trágicos. Sufría a la sazón la ciudad de Lima una terrible epidemia. La enfermería del Convento estaba llena completamente de religiosos enfermos. Uno de los novicios, ya fuera por temor a contagiarse o porque deseara abandonar la Orden, se hizo pasar por enfermo y solicitó que le dejaran ir a su casa para someterse a tratamiento. Debido a las excepcionales circunstancias el Prior no podía negar justificadamente esta solicitud. Estaba ya a punto de abandonar

este joven el Convento. Cuando se encontraba en la puerta de salida, Fray Martín, que había discernido la mentira y penetrado el encubierto propósito del novicio, le detuvo y le urgió a que permaneciera en el Convento. «Usted se está haciendo pasar por enfermo; ha sorprendido la buena fe de sus superiores. Desista, pues, de su plan indigno y cobarde», insistió Fray Martín con tenacidad. Con la verdad saltándole a la vista, el novicio, en lugar de modificar su actitud se llenó de ira. Con altanería le dió la espalda al que precisamente trataba de salvarlo. Al ver Fray Martín que el novicio estaba determinado a seguir su disparatado plan, le dijo: «Bueno, váyase a su casa, querido Hermano. Allí le aguarda Dios, pero solamente para castigarle». El joven regresó con su familia, cayó enfermo y murió.

En una ocasión el Beato Martín reprendió a un estudiante que se atrevió a abrir y leer y volver a cerrar una carta que Fray Martín le confiara para llevarla al Convento de San Francisco. El Padre Cipriano de Medina nos cuenta cómo en otra ocasión obligó a un estudiante a sacarse de un zapato una moneda de ocho reales que disimuladamente había cogido cuando Fray Martín salió a buscar algo de comer para él y sus compañeros. Durante su ausencia los estudiantes por pura broma habían abierto una bolsa para coger y comerse unas frutas que Fray Martín tenía guardadas. En esta bolsa estaba la moneda que uno de ellos había sustraído sin que los demás lo notaran. Cuando Fray Martín regresó les dijo: «Hijos míos, ustedes se han comido las frutas que encontraron en mi bolsa. Eso no importa porque yo las había puesto allí para ustedes». Luego volviéndose al culpable añadió con naturalidad: «Pero usted debe devolverme la moneda que cogió». Humillado, el estudiante hizo un gesto de indignación y exclamó: «Yo no he cogido su dinero». «No, no, hijo mío, no mienta. Sáquese la moneda del zapato y devuélvamela. No le pertenece». El estudiante no tuvo más remedio que quitarse el zapato y devolverle la moneda a Fray Martín.

Su visión era aún más penetrante cuando se trataba de ofrecer consuelo. Este Cipriano de Medina que acabamos de mencionar, había sufrido mucho durante su noviciado

debido a lo fea y desaliñada de su figura. Hay que admitir que sus condiscípulos no perdían oportunidad de molestarle, por lo que Fray Cipriano debió sufrir más de lo que uno se imagina. Fray Martín, gracias a su misericordioso don de intuición pudo enterarse de esta situación. y un día que pasaba cerca de los novicios les hizo esta extraña profecía: «Ustedes llaman feo a Fray Cipriano porque no posee una cara hermosa y sus piernas están mal formadas. Pues bien, yo les aseguro que él se convertirá en un joven elegante que le hará honor a la Orden Dominicana». Seis años más tarde, el desmañado novicio tuvo que guardar cama presa de una grave dolencia. Y cosa rara, cuando por fin pudo abandonar la cama, apenas podía reconocérsele: había crecido seis pulgadas y no le era posible usar sus antiguos hábitos. Y lo que es más, el resto de la profecía de Fray Martín se realizó, ya que Cipriano de Medina hacía constantes progresos espirituales, fué nombrado Regente de Estudios de la Universidad de Lima y más tarde consagrado obispo de Huamanga. Fué allí donde pasó a mejor vida muy querido de sus devotos hijos.

Martín siempre tuvo gran afecto por Cipriano, según podemos comprobar por el siguiente relato: Durante su grave enfermedad, una vez se le quejaba a Fray Martín, que era como un padre para él: «Usted me considera como a su hijo espiritual, querido Fray Martín, y sin embargo me tiene abandonado sabiendo que estoy a las puertas de la muerte». «Eso debe tranquilizarle a usted», le replicó Fray Martín con una sonrisa. «Cuando visito a un enfermo con frecuencia, es señal de que no sanará. Alégrese, pues, que Dios Todopoderoso desea prolongarle la vida para gloria Suya y honra de nuestra Orden».

Los dones sobrenaturales del Beato Martín constituían una ayuda poderosa a sus obras de caridad. Una vez al enterarse de que un español, de nombre Juan González, estaba condenado a la horca y que sería ejecutado en breve, se apresuró a ir a la prisión a consolar al infeliz. Le suplicó éste a Martín que se encargara de su alma, que se la encomendara al Señor con todas las penas que la

agobiaban. Le complació Martín en todo. Regresó a su Convento y allí tuvo una nueva inspiración. Inmediatamente le envió un mensajero al preso para informarle que no sufriría la pena de muerte. Ahora bien, esta sentencia era terminante, tan era así, que el condenado fué llevado al patíbulo a la hora señalada. Llegó hasta subir a él, y en ese preciso momento, un ruido inusitado hizo volver la cara a todos los presentes. La esposa del Virrey apareció en el balcón y levantó la mano para decirle al verdugo que ella pedía el indulto del reo. Fué concedida su solicitud, y el criminal, lívido y trémulo, fué llevado nuevamente a la prisión. Allí encontró alrededor de cuarenta dólares que Fray Martín le había enviado para sus necesidades entre los vivos.

En otras ocasiones, Fray Martín se valía de distintos medios para asegurar la salvación de las almas. Hubo una ocasión en que no había momento que perder porque se trataba de un extranjero que estaba muriéndose en un hospital. ¿Cómo pudo enterarse Martín de este caso? ¡Sólo Dios lo sabe! Era un extranjero en todo el sentido de la palabra; un pobre hombre que no era español ni nativo. ¿Qué hizo Fray Martín? Se fué de noche al hospital y le habló al enfermero que cuidaba al moribundo. «Imagínese usted, se va a morir y no ha sido bautizado». Luego, dirigiéndose al extranjero, con la rapidez del relámpago, le hizo ver el estado de su alma. Este se arrepintió entonces de haber ocultado la necesidad de bautizarse, reconoció sus pecados como pagano que se hacía pasar por cristiano, se arrepintió con todas las fuerzas de su alma que pronto abandonaría su quebrantado cuerpo y felizmente se bautizó antes de morir.

Martín percibía los más secretos pensamientos de los que lo rodeaban, de cuyas intenciones muchos habrían de avergonzarse. Pero no tan solo podría leer las emociones más escondidas del corazón, podía también determinar sus causas. «¿Por qué esa tristeza que retrata su cara?» le preguntó una vez a Fray Fernando. «Ánimese que cuando hayan transcurrido catorce años se librará usted de todas esas preocupaciones». «¿De qué preocupaciones?» le pre-

el pobre Hermano, que tenía la seguridad de que la causa de su ansiedad no podía retratarse en su cara, y añadió: Bueno, yo creo que la muerte me librará de ellas». «No», le contestó Fray Martín, «no será con la muerte. Usted desea ser sacerdote y lo será». En esa época Fray Fernando era tan solo un Hermano lego sin probabilidades de poderse ordenar y este deseo suyo en apariencia imposible le tenía siempre torturado. «Cuando usted regrese a Lima», continuó diciéndole Fray Martín, «no me encontrará aquí». Exactamente catorce años más tarde Fernando fué ordenado sacerdote en Santiago de Chile, y no regresó a Lima sino después de muerto Fray Martín.

En cierta ocasión Don Juan Figueroa, Gobernador de Lima, a quien Fray Martín le había vaticinado ciertos hechos, se encontraba muy preocupado porque dudaba si recibiría de la Corte de España varios documentos importantes. Martín le tranquilizó asegurándole que dentro de pocos días llegarían. Otra vez Martín le dijo que tuviera confianza que las intrigas que había levantado contra él el Virrey del Perú no evitarían que obtuviese el cargo que le interesaba en la casa de la Moneda de la ciudad de Potosí. Como la anterior, ésta profecía también se realizó cuando ya Don Juan había perdido toda esperanza. Además, Martín le prometió que sus infortunios habrían de ser verdaderas gracias y le reveló que habría de sufrir mucho, pero al mismo tiempo le mostró al Gobernador cómo habría de soportar meritoriamente sus aflicciones.

Y en verdad no pasó mucho tiempo cuando el infortunado Gobernador tuvo que afrontar toda suerte de pruebas. Perdió Don Juan cien mil pesos de su capital; las enfermedades lo acosaron y cuando más abatido se encontraba formularon las calumnias más infames para destruir su reputación. El Gobernador vió las profecías de Martín cumplirse al pie de la letra. Una vez, desde su cama de enfermo, Don Juan mandó a buscar a Martín. «Prométame rezar por mí cuando esté a punto de morir», le suplicó a su llegada. «Yo me moriré antes que usted», le contestó Fray Martín. Mientras el Gobernador se afanaba preparando en la Iglesia de la Merced una capilla ricamente decora-

da que habría de ser su tumba, le hizo conocer sus planes a Fray Martín, a lo que éste le dijo: «Prepare esta capilla, pero no se preocupe de su derecho de ser enterrado en ella, porque no lo será usted. A usted le enterrarán en nuestro Convento, al lado mío».

Estas manifestaciones de Martín debieron sorprender a Don Juan de Figueroa. Sin embargo, cuando catorce años después de la muerte de su Bienaventurado Hermano, los Dominicos transformaron su celda y habitaciones adyacentes en una bellísima capilla, y, conociendo la amistad de Don Juan con el santo, le ofrecieron que fuera el patrón del glorioso santuario, se dió cuenta el anciano de lo que Fray Martín había profetizado. Su predicción se realizó al pie de la letra. Cuando el Gobernador murió, tuvo el altísimo honor de ser enterrado en el mismo sitio que su santo amigo.

Capítulo VIII

Santa Muerte de Fray Martín

EN EL AÑO 1639, el Arzobispo de Méjico, Don Feliciano de la Vega, cayó repentinamente enfermo en Lima, en donde se encontraba de visita. Sufrió un agudo ataque de pleuresía, y su caso clínico se hizo desesperado. Este Arzobispo era tío del Padre Cipriano de Medina, y cuando éste llegó hasta el lecho de su tío moribundo, preguntó sorprendido por qué alguien no había llamado a Fray Martín, a quien esperaba encontrar a la cabecera del Arzobispo. El digno prelado le pidió a su sobrino que fuera al Convento del Santísimo Rosario y le rogara al Superior que le enviara al bondadoso Fray Martín, a cuyos cuidados se confiaría gustosamente.

Contento de poder ser de alguna utilidad al Arzobispo de Méjico, el Prior inmediatamente mandó a buscar a Fray Martín, pero nadie sabía dónde se encontraba éste. Tocarón la campana una y otra vez, pero sin resultado. Todo el Convento estaba revuelto. Don Feliciano se moría y clamaba por el buen mulato. ¿Dónde podría estar? Varios grupos de Hermanos salieron en su busca. Pasaron tres horas de intensa angustia: ¡todo en vano! Y todos temían que entretanto el Arzobispo se muriese. Entonces su sobrino, el Padre Cipriano, tuvo de improviso una inspiración. Sugirió que el Padre Provincial invitara al esquivo Hermano a venir inmediatamente en nombre de la santa obediencia al sitio donde todos se encontraban. Consintió el Provincial y, apenas terminó de pronunciar su mandato, cuando apareció Martín misteriosamente. Le ordenó el Provincial que corriera al lecho del Arzobispo y le obedeciera en todo como si fuera prelado propio.

Reprochó el prelado moribundo a Martín por su prolongada tardanza y le pidió que pusiera su mano en el lado que tanto le dolía. Pareció dudar Martín: en su humildad, no deseaba él que se le considerara como a un

santo que podía hacer milagros, «¿Cómo puede Su Excelencia dignarse solicitar de tan bajo Hermano semejante petición?» «Querido Hermano», le replicó Don Feliciano, «su superior le ordenó que me obedeciera. Ponga, pues, la mano como le digo, en nombre de la santa obediencia». Hizo Martín lo que se le ordenaba, e inmediatamente se le quitaron los dolores al Arzobispo. Tan radicalmente y con tal rapidez fué curado, que inmediatamente comenzó sus preparativos para regresar a Méjico. Fué entonces cuando solicitó permiso del Provincial para llevarse a Martín consigo a Méjico como compañero suyo. Semejante taumaturgo sería una bendición durante su viaje y una gran ayuda para el Arzobispo. El Provincial, muy a su pesar, autorizó el permiso, y ya nadie dudaba que Martín pronto estaría de viaje hacia tierras lejanas.

Sin embargo, posiblemente Fray Martín no pudo reprimir una sonrisa al enterarse de tales arreglos. El podía ver en el futuro y por eso cuando el Procurador del Convento se lo encontró días más tarde vistiendo un hábito nuevo, aunque de tela muy ordinaria, le preguntó: «¿Cómo es que usted lleva puesto un hábito nuevo?» Fray Martín le contestó con tranquila certidumbre: «Es que me servirá de mortaja». Poco tiempo después lo acometió una fiebre que le obligó a guardar cama. Al echarse en ella, manifestó lo siguiente: «He aquí el fin de mi peregrinación en la tierra. Moriré de esta enfermedad. Ninguna medicina será de provecho». Desde luego, nadie le creyó. Trataron de cortarle la fiebre y fueron a prepararle un remedio de mucho efecto, pero Martín rehusó tomarlo diciendo: «De todos modos no me ayudará, el día de mi muerte ya está señalado».

El Beato Martín recibió los últimos Sacramentos con el mayor fervor y lleno de humildad. Según había profetizado, le subió la temperatura causándole infinitas angustias. Al principio, los sufrimientos físicos le acosaron; luego, los demonios empezaron sus ataques contra el santo debilitado y moribundo. Los espíritus infernales trataron de aterrizarlo apareciéndosele en todo su horror. No ocultó a los bondadosos Padres que rodeaban su cama, que

estos demonios de vanidad e infidelidad le habían soplado su aliento execrable en la cara. Uno de los Padres, doctor en teología, previno a Martín que no disputara con el enemigo, sino que simplemente se adhiriese a la Fe, reafirmando su confianza en los méritos de Jesucristo. En los labios de Martín casi asomó una sonrisa al replicar: «Satanás es demasiado orgulloso para usar de sutilezas con un pobre Hermano lego ignorante como yo».

Rechazó Fray Martín las fuerzas del infierno sin omitir un solo latido de su amante corazón. Su cuerpo se cubrió de sudor; le rechinaron los dientes. Tuvo que repeler una legión de asaltantes implacables. Satanás y sus huestes se esforzaban desesperadamente por levantar en Fray Martín los últimos vestigios de la humana fragilidad. Pero, según se vió precisado por obediencia a declarar con el último aliento de un moribundo, tenía el gran consuelo de ser asistido en su agonía por la propia Madre de Dios y San José, Santo Domingo, San Vicente Ferrer y Santa Catalina de Alejandria. Cuando por fin llegó la hora en que todos debían decirle el último adiós, notó Martín que empezaban a doblar las campanas llamando a los Hermanos alrededor de su cama de acuerdo con la costumbre dominicana e hizo un gesto al Superior suplicándole que nadie se molestara por él. Su deseo, desde luego, fué sabiamente ignorado. Cuando todos los religiosos se congregaron junto a su cama, el moribundo realizó un último esfuerzo para pedir perdón a todos por lo que él calificó «su mal ejemplo». Entonces se recitaron las oraciones de los moribundos. Mientras tanto el Beato Martín cubría de besos el Crucifijo que sostenía en las manos, y sus ojos estaban cubiertos de lágrimas. Cuando se terminaron las oraciones pidió que recitaran el credo y cuando llegaron a las palabras *Et homo factus est* (Y se hizo hombre), voló dulcemente su alma hacia el Creador. Murió el Beato Martín a las nueve de la noche del día 3 de noviembre de 1639, a los sesenta años de edad y después de treinta y seis de haber profesado.

La noticia de la muerte del Beato Martín cundió como el fuego por todas partes. Fué una noche de duelo para el



La gente iba en tropel, y a todos se les permitía orar un momento junto al féretro.

Perú. En vano se decía la gente que ahora tendrían un poderoso protector en el cielo. Sabían que Lima nunca sería la misma que cuando él vivía, cuando se le podía encontrar en las calles con su canasta de pan y frutas, sus remedios y sus palabras alentadoras. Toda la ciudad estaba transida de dolor. ¿A quién no había alguna vez ayudado, protegido, fortalecido? Negros e indios, ancianos y niños, muchachas y matronas, pobres y ricos, sacerdotes y seglares: todos le debían gratitud. Su caridad se había extendido de un extremo a otro de la ciudad, y aun más lejos hasta la casa de su hermana en Limatambo y mucho más allá.

Ya no sonreirá más a los niños, no distribuirá alimentos y ropa a los pobres, no confortará a los enfermos y moribundos, no visitará las prisiones, los hospitales ni el hospicio que ayudó a construir. No quedaba otra cosa que ir al Convento del Santísimo Rosario para ver por última vez los restos mortales de aquel a quien siempre habían venerado en vida como a un santo. La gente iba en tropel, y a todos se les permitía orar un momento junto al féretro de Fray Martín, expuesto en el centro de la capilla ardién-te. Las multitudes no podían reprimir la gran emoción que sentían ante una pérdida que les parecía increíble. Parecía tan fuera de lo real: contemplar a su bondadoso y gran bienhechor inactivo ya para siempre en aquellas misiones suyas de caridad — sumido en la frialdad de la muerte.

El Padre Cipriano de Medina, en su deseo inmenso de que en todo se proclame la gloria de Dios y la santidad del Beato Martín, y grandemente emocionado al ver que el cuerpo de su amigo tomaba la rigidez característica de los cadáveres, repentinamente en medio de la multitud allí congregada, dió rienda suelta a un impulso irresistible de su alma y reprochó en tono familiar al Beato Martín diciéndole: «¿A qué se debe, Fray Martín, que su cuerpo esté rígido? Todo el mundo aquí en Lima está esperando ver prodigios realizados en su féretro para así glorificar al Señor. Pídale a su Maestro que muestre su supremo poder haciendo que su cuerpo adquiera la flexibilidad y na

turalidad de un cuerpo vivo». El Padre Cipriano así inspirado obtuvo el resultado milagroso prometido a los hombres de mucha fe. Cuando tocaron el cuerpo del Beato encontraron que se había puesto flexible como si su carne estuviera viva, y un perfume de rosas y lirios empezó a llenar la capilla.

Desde ese momento se hizo imposible contener el entusiasmo del pueblo. Se atropellaban empujándose por llegar hasta los sagrados restos del Beato Martín. Las multitudes de Lima y sus alrededores invadieron el Convento durante varios días. Fué necesario reponer varias veces el hábito blanco y negro que vestía el cadáver de Fray Martín porque los fieles no se contentaban con tocar sus rosarios y medallas en su cuerpo: cortaban pedazos de su hábito como preciadas reliquias. Los Padres no intentaron detener a la gente, porque consideraban que tal entusiasmo hacía honor a tan santo siervo de Dios como era Martín. Los funerales tuvieron que retrasarse por causa del continuo desfile de visitantes.

Finalmente, cuando se pudo llevar a cabo el entierro, una espléndida procesión de caballeros, prelados y sacerdotes de todas las Ordenes religiosas, seguidos de una enorme multitud de hombres, mujeres y niños, acompañó los restos mortales hasta el Capítulo en donde iba a ser sepultado el Beato. Don Feliciano de la Vega, Arzobispo de Méjico; Don Pedro Ortega, futuro Obispo de Cuzco; el Conde de Chichón, Virrey del Perú, y Juan de Peñafior, miembro de la Cámara Real, llevaban sobre sus hombros el cuerpo de este humilde Hermano lego dominico. Entonces empezaron las curas maravillosas atribuidas al Beato Martín después de su muerte.

Ya antes de su entierro, al enterarse Doña Catalina González que durante quince años había estado tullida, de la muerte de Fray Martín, se hizo llevar hasta la capilla ardiente, y tan pronto como tocó el ataúd, recobró el uso de sus miembros. Doña Isabel de Astorga quedó libre de unas fiebres declaradas incurables cuando le pusieron sobre el cuerpo una túnica del Beato Martín. Isabel Ortiz de Torres, besó un retrato de su santo amigo, supli-

cándole la librera de una neuralgia que le causaba dolores agudísimos. «Venerable Hermano», decía lamentándose, «mientras estuviste en la tierra, siempre me ayudaste, ahora que estás en el cielo, no me abandones». Sus ruegos fueron oídos inmediatamente. Un negro llamado Juan Criollo, después de tomar un poco de agua, a la que había espolvoreado polvo de la tumba del Beato Martín, quedó completamente curado de unas fiebres que le estaban consumiendo.

Casos desesperados que se confiaban a Martín de Porres, encontraron alivio inmediato. Uno de ellos por ejemplo, es el caso de Diego de Cecallos, un médico que estaba enfermo de laringitis y disentería. Encontrándose ya a las puertas de la muerte se le suministraron los últimos Sacramentos. Entonces alguien le trajo una reliquia del Beato Martín, y recobrando la confianza, se la aplicó en la garganta y empezó a rezar. Cayó en un sueño de ocho horas, y al despertar, se encontraba en perfecto estado de salud. Los médicos que lo atendían, declararon su curación como milagrosa.

Tanto se acostumbró la gente a ir al Convento del Santísimo Rosario a invocar la ayuda del Beato Martín y tan numerosas se hicieron las gracias y favores obtenidos por su intercesión, que los magistrados y el clero aconsejaron a los Padres trasladar los restos del Beato a una capilla de más fácil acceso al público. Se escogió un sitio que incluía la propia habitación del siervo de Dios muy cercano a la puerta del Convento.

Se tomaron medidas para hacer el cambio secretamente con objeto de no excitar la curiosidad de la gente. Se fijó fecha de la ceremonia para una tarde del mes de marzo de 1664, el XXV aniversario de la santa muerte de Martín. En presencia del Conde de San Esteban, Virrey entonces del Perú, de varios miembros de la Cámara Real y otras autoridades civiles, y en presencia también del Capítulo de la Catedral e infinidad de eclesiásticos regulares y seculares se realizó la exhumación. Se encontró el cuerpo intacto, y exhalaba un dulce perfume de santidad. Su

carne estaba fresca y tierna. Algunos hombres de ciencia examinaron el cuerpo incorrupto del Beato, y cada vez que lo pinchaban con sus agujas quirúrgicas, brotaban gotas de sangre roja y brillante. Ante esta concurrencia, embargada por la emoción, el cuerpo sagrado de Martín fué puesto en un sarcófago que se colocó bajo una pequeña bóveda erigida en la capilla.

Desde ese momento, la fama del Beato Martín, el heroísmo de este humilde mulato y su noble deseo de ayudar a la humanidad por medio de favores milagrosos, se propagó por todo el mundo. Muchos se dedicaron a orar por su beatificación como medio de expresar su gratitud por los beneficios recibidos por su poderosa intercesión. Se acordaron varios medios de acción. Felipe IV, que ya había remitido dos cartas al Papa Alejandro VII y a su embajador en Roma el 17 de diciembre de 1659 y el 20 de junio de 1661, envió a la Ciudad Eterna el 30 de marzo de 1664 una tercera carta con ocasión de los últimos sucesos y abordando nuevamente el asunto. El Arzobispo de Lima también escribió, pidiendo a la Santa Sede la beatificación de Martín de Porres, y el Capítulo Catedralicio, las autoridades civiles y religiosas de Lima, y la Orden de Santo Domingo, sumaron sus ardientes súplicas. Fué el Papa Clemente IX quien prestó su favorable atención a estas peticiones y expidió el permiso necesario para continuar el proceso.

Desgraciadamente, el barco que traía estas cartas papales se hundió en el Mediterráneo, cerca del puerto de Génova. Varios días después del naufragio, se rescató una caja que contenía los documentos de a bordo, y de éstos, el único que se encontró intacto, fué el que incluía las cartas del Papa. Hubo sin embargo, otras complicaciones que retardaron el progreso del proceso. Francisco Blanco, el notario nombrado para tomar los datos concernientes a la vida y milagros de Martín, estaba impedido debido a las úlceras que tenía en el pie izquierdo, de visitar a Don Juan de Areguinao, Obispo de Santa Fe, cuyo testimonio era importantísimo, pero que tenía que abandonar Lima con destino a su archidiócesis. En su dolorosa impotencia, el

infortunado notario recurrió a la intercesión del Beato Martín y le suplicó que viera las condiciones de su pie que le hacían imposible ir a buscar el preciado testimonio del Arzobispo. Francisco Blanco se quedó dormido mientras hacía su oración, y al despertar a la mañana siguiente, se halló perfectamente bien, sin hinchazón y las úlceras secas y sanas, pudiendo caminar fácilmente hasta la casa del prelado.

Nuevamente volvemos a encontrarnos con Juan Vázquez, quien de muchacho fué durante un período de cuatro años el compañero de Fray Martín en sus obras piadosas efectuadas en Lima. Juan regresó a España antes de la muerte del Beato Martín, y cuando el bondadoso Hermano se despidió de él, le dijo que ya no volverían a verse más en la tierra — al menos en forma natural. «Adiós, hijo querido, ya no volveremos a vernos más en este mundo — y si me vieras, dudarás de lo que vieras». Pues bien, Juan Vázquez conocía muchos secretos de la vida del Beato, y había sido el confidente de su corazón. Podía dar un testimonio valioso, pero por seguir estrictamente las instrucciones del juez encargado de la investigación, fué demasiado breve en sus manifestaciones. Por esta brevedad, al prestar su declaración sobre la vida y las virtudes de su santo compañero, recibió un extraño y misterioso reproche — regaño que explica lo que Fray Martín había previsto cuando se despidió de su amigo.

Va cayendo la tarde del día en que Juan Vázquez había prestado su declaración. Mientras se encontraba en su habitación orando oyó que alguien le llamaba por su nombre dos veces desde la calle. Se levantó apresuradamente, abrió la ventana y vió a dos religiosos dominicos que aparentemente no le vieron porque prosiguieron su camino sin decir palabra. «Me he equivocado, nadie me ha llamado», pensó Juan, y regresando a su habitación se arrodilló para continuar sus oraciones. De pronto sintió gran sobresalto al oír que la misma voz de antes le llamaba nuevamente. Salió entonces a la calle y al ver nuevamente a los dos religiosos que antes pasaron silenciosos frente a su casa, se dirigió hacia ellos y les preguntó: «¿Me

llamaban ustedes?» «Juan Vázquez», dice uno de ellos y luego pregunta, «¿no me conoces?» Lleno de asombro reconoce entonces a Fray Martín, muerto desde hacía tantos años! «¿Por qué», sigue diciéndole, «has sido tan parco hoy al hacer el recuento de mi vida? Vé y diles todo lo que sabes: lo que viste y oíste cuando estabas conmigo». Recordó Juan en estos momentos la rara predicción que le hiciera Fray Martín cuando estaba a punto de embarcar rumbo a España: que nunca más volverían a verse en la tierra, y que de ver él a Fray Martín nuevamente no daría crédito a sus ojos.

Juan Vázquez sintió un gran consuelo con esta rara visión en que apenas se atrevía a creer y que trajo nuevamente a su mente un pasado no menos increíble. Pero fuera por apatía o por natural tendencia a no hablar en público, fué posponiendo día tras día la encomienda de Martín y nunca fué a completar sus breves declaraciones anteriores. Los detalles desconocidos que sólo él podía relatar indudablemente hubieran acelerado el progreso del proceso que para entonces se hacía más lento. Cuando el Padre Bernardo de Medina, doctor en teología y quizás pariente del Padre Cipriano resolvió escribir una biografía de Fray Martín de Porres, acudió a Juan Vázquez y le suplicó que le relatara lo que había visto y oído en Lima durante los cuatros años en que había vivido en estrecha intimidad con Fray Martín. El muy parco Juan Vázquez ha debido contestar con su laconismo acostumbrado, porque el Padre Bernardo le hizo prometer que volvería en otra ocasión a darle todos los detalles que tenía grabados en su memoria.

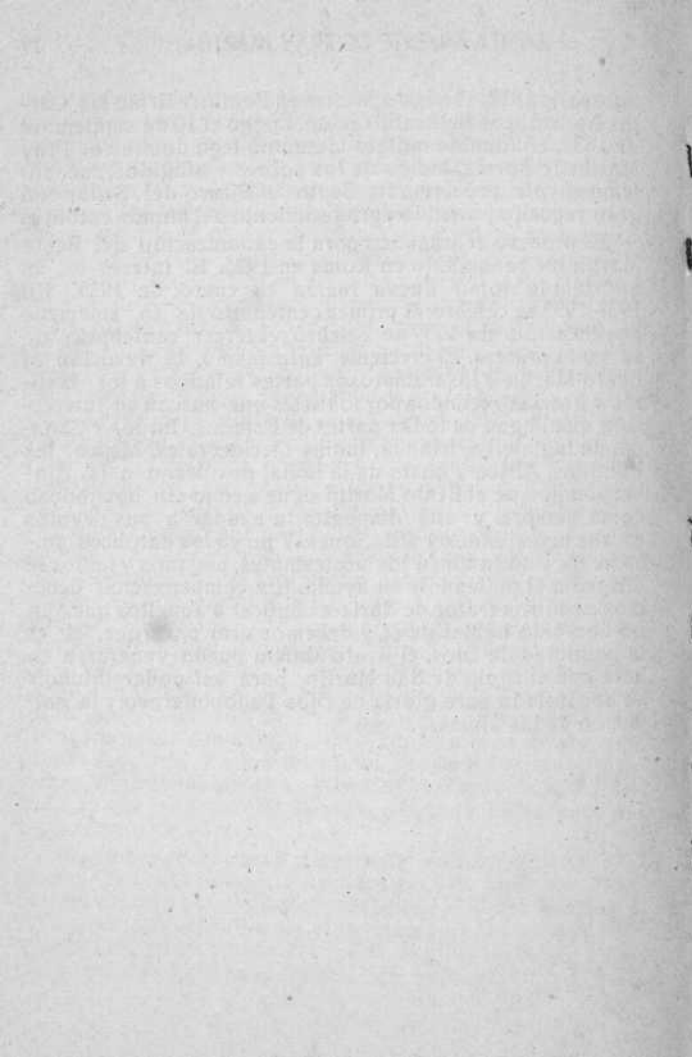
Al correr el año 1671, habían transcurrido cuarenta y dos años desde que el juvenil Juan Vázquez había abandonado Suramérica de regreso a España. Tres años antes, la causa del Beato se había introducido solemnemente por la Congregación de Ritos presidida por el Papa Clemente IX. La causa, por lo tanto, casi estaba ganada. Pero faltaban ciertos datos, recordados únicamente por un niño a quien Fray Martín había escogido de entre todos los demás para ayudarle en sus grandes obras de caridad. Esa fué la

razón por la cual una mañana de mes de febrero, Juan Vázquez, ya un hombre de edad madura, se puso en camino para encontrarse con el Padre que proyectaba escribir la biografía de su gran amigo del Perú para relatarle todo lo concerniente a sus éxtasis, sus visiones celestiales, las noches resplandecientes, los milagros sorprendentes y la incomparable caridad, de todo lo cual había sido afortunado testigo presencial. ¿Debería él relatárselo todo a este biógrafo dominico? ¿Sería en verdad prudente? ¿No traerían todas estas aventuras maravillosas la atención sobre sí y entonces perdería su tranquilidad de espíritu? Porque él era indiscutiblemente un hombre pacífico y tranquilo, sin deseo alguno de publicidad. Caminaba Juan en silencio, embebido en sus pensamientos, con el ceño quizás fruncido, cuando de pronto se encuentra cara a cara con Fray Martín de Porres que lo estaba esperando después de haber preparado este encuentro maravilloso y sorprendente en medio del camino y a plena luz del día para hablar con él en tono de reproche paternal; «¿Por qué», le pregunto Martín, «has hecho tan poco caso de mi encomienda? Vé ahora y cuéntales todo lo que sabes». Hacía entonces treinta años que Martín había muerto cuando se le apareció por segunda vez a Juan Vázquez, y fué este segundo encuentro con su antiguo amigo lo que hizo comprender a Juan la importancia de su testimonio y por fin se decidió a hacerle un relato detallado al Padre Bernardo de todo lo que pudiera recordar de la vida del Beato. El Padre Bernardo de Medina tomó nota por escrito de todos los datos con el mayor cuidado, y a él se debe como primer biógrafo y a los testimonios prestados bajo juramento durante el proceso eclesiástico desde 1658 a 1686 todo lo que sabemos de la vida y hechos milagrosos de Fray Martín de Porres.

Sin embargo, el nuevo proceso de beatificación se extendió por largo tiempo y fué para el 29 de abril de 1763 que un decreto apostólico expedido por el Papa Clemente XVI proclamó oficialmente el heroísmo de las virtudes de Martín de Porres. Finalmente el 31 de julio 1836, el Papa Gregorio XVI publicó el decreto de aprobación, y el 8 de

agosto de 1837, el mismo Soberano Pontífice firmó las Cartas Apostólicas de beatificación. Luego el 10 de septiembre de 1837, el humilde mulato Hermano lego dominico, Fray Martín de Porres, amigo de los pobres y afligidos, fué solemnemente proclamado Beato y Siervo del Señor con gran regocijo y sentido agradecimiento del mundo católico.

El proceso eclesiástico para la canonización del Beato Martín fué reanudado en Roma en 1926. El interés en su apostolado tomó nueva fuerza en enero de 1935. En 1937-1938 se celebró el primer centenario de su solemne beatificación. En 1939 se celebró el tercer centenario de su santa muerte. El creciente entusiasmo, la devoción al Beato Martín y los numerosos partes relativos a los favores y gracias recibidos por los fieles que buscan su intercesión que llegan de todas partes de Estados Unidos y Canadá, de Inglaterra, Irlanda, Indias Occidentales, Méjico, las Filipinas, Africa y hasta de la India, nos llevan a la conclusión de que el Beato Martín sigue siendo tan bondadoso como siempre y está dispuesto a ayudar a sus devotos en sus necesidades y aflicciones. Y no ya los católicos únicamente sino también los protestantes, paganos y judíos se dirigen a él pidiéndole su ayuda. En compensación debemos nosotros tratar de darle a conocer a aquellos que aún no han oído hablar de él, y debemos orar para que, si es la voluntad de Dios, el Beato Martín pueda venerarse en breve con el título de San Martín, para así poder difundir su apostolado para gloria de Dios Todopoderoso y la salvación de las almas.



INDICE

	<u>Págs.</u>
Prólogo	3
Cap. I	
Sus primeros años.....	4
Cap. II	
Hijo de Santo Domingo	11
Cap. III	
Padre de los pobres.....	20
Cap. IV.	
La caridad universal de Fray Martín	31
Cap. V	
Las penitencias de Fray Martín	39
Cap. VI	
La alfombra mágica de Fray Martín.....	46
Cap. VII	
Otros prodigios de Fray Martín.....	56
Cap. VIII	
Santa muerte de Fray Martín	66

ILUSTRACIONES

Portada: Oleo de D.^a Blanca Chávarri.

Dibujos de Fray Marcolino Maas, O. P.

INDEX

—

1. General Introduction	1
2. The History of the Church	10
3. The Doctrine of the Church	20
4. The Ministry of the Church	30
5. The Sacraments of the Church	40
6. The Moral Teaching of the Church	50
7. The Social Teaching of the Church	60
8. The Church and the World	70
9. The Church and the Future	80
10. Conclusion	90

